

*Enigmata / 93*



Claudia Enriqueta Cárdenas, Sin título, grabado, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

El príncipe de la crónica

- 1** Editorial
Luis Tejada, el cronista
Luis Germán Sierra J.
- 3** Luis Tejada: la crónica como crítica literaria
Pablo Montoya
- 11** Luis Tejada, una voz que ha perdurado más de cien años
Melissa Téllez H.
- 14** Luis Tejada, el agitador bolchevique
Mauricio Hoyos
- 17** Una poética jovial: aproximación oblicua a la obra de Luis Tejada
Santiago Gallego
- 24** Las muchachas de Luis Tejada
Maryluz Vallejo
- 28** Una nueva gramática
John Galán Casanova
- 31** Cómo nos hicimos comunistas
Luis Vidales
- 42** La vida plácida de Luis Tejada
Lino Gil Jaramillo
- 44** Seis crónicas
Luis Tejada
- 50** Programación cultural

Agenda Cultural • Universidad de Antioquia • N.º 321 • Julio 2024

Publicación cultural e informativa de la Universidad de Antioquia, fundada en 1995

Presidente del Consejo Superior: Andrés Julián Rendón Cardona,
Gobernador de Antioquia

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Vicerrectora de Extensión: Ana Lucía Pérez Patiño

Comité Editorial: Oscar Roldán-Alzate (Director), Doris Elena Aguirre Grisales (Editora),
Simón Puerta Domínguez, Luis Germán Sierra Jaramillo, Marta Alicia Pérez Gómez
Diseño: Luisa Fernanda Bernal Bernal

La información y las opiniones incluidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. No representan posiciones institucionales de la Revista o de la Universidad de Antioquia.

No está permitida la reproducción total o parcial de los textos o de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los propietarios de los derechos

Agenda Cultural Alma Máter Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia. Calle 70 N.º 52-72, Piso 6.º

Teléfono: (57) 604 219 51 75. Medellín, Colombia.

<http://agendacultural.udea.edu.co>

Correo electrónico: comunicacionsextensioncultural@udea.edu.co

La Agenda Cultural Alma Máter es una revista universitaria, cultural e informativa de distribución gratuita y circulación mensual

Luis Tejada, el cronista

Luis Tejada Cano nació en Barbosa (Antioquia) el 7 de febrero de 1898 y murió en Girardot (Cundinamarca) el 17 de septiembre de 1924, hace cien años. (Como rasgo curioso puede contarse que Girardota, población contigua a su natal Barbosa, se llamaba Girardot(a), con “a” de Antioquia, para distinguirse de su homónima de Cundinamarca –que se puso así en honor a Atanasio Girardot–, donde murió el escritor. Con el tiempo desapareció ese paréntesis y quedó “Girardota”).

Un dato no irrelevante es que Luis Tejada Cano era sobrino de la sindicalista y mujer muy importante en la historia de Antioquia, María Cano (llamada “La flor roja del trabajo”), y primo de la artista Lucy Tejada Sáenz (de quien milagrosamente hay un museo con su nombre y parte de su vida y su obra en su natal Pereira. Lo normal es que a las autoridades no les importen sus artistas. Ahí están abandonadas en Medellín las casas de Tomás Carrasquilla –es un motel–, de Manuel Mejía Vallejo, de Betsabé Espinal; en Bello hicieron un parqueadero donde vivió la artista Lola Vélez; en Coello, Tolima, la casa donde vivió Álvaro Mutis es una vergüenza internacional: era una cacharrería cuando se incendió en 2021. ¿Y la casa donde vivió Luis Tejada en Barbosa? No sé...).

Luis Tejada Cano es un escritor excepcional en el panorama de la literatura nacional. Murió hace cien años y sus crónicas pueden leerse con total actualidad, literariamente. Aun las de carácter político. Básicamente porque están escritas conservando el senti-



Luz Fany María, Sin título, Serigrafía, 1990, 1/8, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

do crítico que nunca abandonó a Tejada. Así como su humor, cáustico y mordaz donde los haya. Hizo parte de Los Nuevos, generacionalmente, pero se burló con desfachatez de los gramáticos en el poder. Se mofó de ellos con razón, dado que el país era casi analfabeto y ellos velaban por el buen decir y las correcciones gramaticales. Como esa memorable página sobre Marco Fidel Suárez, gramático en el poder, llamada “La gramática y la revolución” (publicada en su primer libro, *Libro de crónicas*, que apareció en 1924, pero que no alcanzó a ver, ilustrado por Ricardo Rendón, su gran amigo, y que fue reeditado en 1961) y en la cual el cronista llega a decir: “[...] Los hombres cuando tienen numerosos pensamientos inéditos, necesitan, para expresarlos, combinaciones inéditas de palabras, que naturalmente no están catalogadas en los textos ni estereotipadas en el lenguaje tradicional. [...]”¹

Es decir, Luis Tejada sabía, perfectamente, qué era la literatura (lo que no sabían los gramáticos en el poder). Para su época, en un país más miserable que el actual, era un adelantado, con otro Luis, en este caso Vidales, casi contemporáneo suyo y autor en 1926 de ese extraordinario libro de poemas, *Suenan timbres*. Juntos crearon el Partido Comunista, según una crónica deliciosa de Luis Vidales en la revista *Sábado* en 1945.

Y en abril de 1920 en *El Espectador* Tejada ya advertía sobre el gran ogro que era la United Fruit, pues decía, “[...] no es solo una amenaza para el pueblo sufrido del Magdalena. Es una amenaza nacional. Como lo ha sido en Costa Rica y en Nicaragua y en todas partes donde ha sentado su planta conquistadora”.² Cien años después, las autoridades gringas –no la justicia colombiana– castigan con una penalidad económica a Chiquita Brands, bananera, por pagar asesinatos de campesinos en Urabá a grupos paramilitares. ¡Tejada advertía de ese gran monopolio bananero en 1920! Nunca hemos dejado de ser el patio trasero de los gringos.

En 1922, en una de sus “Gotas de tinta”, la columna que sostuvo en *El Espectador*, comienza diciendo: “El mejor cronista es el que sabe encontrar siempre algo de maravilloso en lo cotidiano; el que puede hacer trascendente lo efímero; el que, en fin, logra poner mayor cantidad de eternidad en cada minuto que pasa”.³ Para el lector de hoy parece hablando de sí mismo. (La columna está dedicada a Luis Cano, primer director de *El Espectador*).

En 1924, poco antes de morir, Luis Tejada dejó listo el *Libro de crónicas*. Y póstumamente se han publicado *Gotas de tinta*; *Mesa de Redacción*; *Luis Tejada. La trascendencia po-*

lítica de lo efímero; y *Nueva antología de Luis Tejada*. Al igual, se han hecho muchas otras ediciones con antologías de las crónicas del autor. La más reciente, quizás, se hizo en Bogotá en Libro al Viento en 2023 y lleva por título el de una de sus prodigiosas crónicas: *La oración de la última rana y otras crónicas*.

En Colombia existen, la verdad, muy buenos cronistas. Todos, creo, han reconocido la genialidad, frescura y creación literaria de Luis Tejada. (En un acto de atrevimiento y admiración me atrevo a titular las presentes notas: “Luis Tejada, el cronista”). Pueden mencionarse, con la plena seguridad de que se quedarán algunos muy importantes por fuera, Germán Arciniegas, Hernando Téllez, Juan Gossáin, Hernando Valencia Goelkel, Ernesto Volkening, Juan Gustavo Cobo Borda, Julián Estrada, Alberto Aguirre, Gonzalo Arango, Juan José Hoyos, Maryluz Vallejo, Alberto Salcedo Ramos, Carlos Sánchez Ocampo. Legión, si se mira bien.

Siempre hay que decir lo mismo: el mejor homenaje que se puede hacer a un autor o autora cuando se conmemoran años de su nacimiento o de su muerte es leerlos. En esta ocasión será una delicia volver a leer a Luis Tejada Cano. Quienes lo hayan ya leído y quienes lo harán por primera vez. Una verdadera delicia.

Referencias

- ¹ Tejada, L. (1961). *Libro de crónicas*, Ediciones Triángulo, p. 90.
- ² Tejada, L. (1989). *Mesa de redacción*, Editorial Universidad de Antioquia – Biblioteca Pública Piloto, p. 59.
- ³ Tejada, L. (2008). *Nueva antología*, Editorial Universidad de Antioquia, p. 279.

Luis Germán Sierra J.

Luis Tejada: la crónica como crítica literaria

Pablo Montoya

En el prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda a *Gotas de tinta*, en la edición del Instituto Colombiano de Cultura de 1977, se considera a Luis Tejada como el “más importante cronista colombiano”.¹ Tal valoración sigue teniendo cierta vigencia, pese a que este pódium, para algunos, ya lo ocupan las crónicas de Gabriel García Márquez. Entre los dos hay una distancia de un cuarto de siglo, preocupaciones estéticas y políticas más o menos diferentes, y las debidas transformaciones que tuvo en el país la difusión y la recepción de los textos periodísticos con meridiano perfil literario. Los dos llegaron a las salas de redacción de *El Espectador* de Bogotá desde las periferias regionales –el primero de las montañas de Antioquia, el otro de un pueblo de las ciénagas del Caribe–, y el centro bogotano tuvo que reconocer el talento de sus escrituras. Pero así Luis Tejada no siga siendo el mejor cronista colombiano, es indudable que su obra es de una alta significación si se considera la historia y la evolución de la crónica en el país. Su papel como precursor de este tipo de literatura es innegable y las alturas, tanto de propuesta estilística en el lenguaje como de aguda observación en las múltiples historias y situaciones que narró, han sido pocas veces alcanzadas en nuestro panorama literario.

1. Luis Tejada en el panorama literario de Colombia

Su caso llama la atención, en principio, por dos razones. La primera de ellas es el ca-

rácter casi milagroso de su precocidad y su extraordinaria prolijidad. Tejada logró un dominio del género de la crónica cuando solo tenía diecinueve años. Desde entonces, es decir desde 1917 y hasta el año de su muerte en 1924, habría de escribir un conjunto de seiscientos cincuenta y seis artículos. La segunda razón es el destino que tuvieron estos textos salidos todos en revistas y periódicos. En rigor, Luis Tejada solo publicó un libro en su vida. Se trata del *Libro de crónicas*, de 1924. Este libro reúne solamente cuarenta y siete textos y despertó la admiración inmediata de un pequeño círculo de amigos. Fueron pocos los escritores, que hoy gozan de prestigio, quienes escribieron sobre las crónicas de Tejada en esa candente década de los años 20: Jorge Zalamea, Alberto Lleras Camargo, Luis Vidales y Germán Arciniegas. Lo que sucedió después es como si la obra de Tejada hubiera caído en un limbo. Limbo que iría desapareciendo progresivamente a partir de los años 70. Producto del rescate que hizo Hernando Mejía Arias de ochenta crónicas para la edición del Instituto Colombiano de Cultura antes mencionado, y del espacio que este rescate, unido al *Libro de crónicas*, ocupó en la Biblioteca Básica Colombiana coordinada por Cobo Borda, la obra de Tejada pudo por fin salir de ese largo silencio. Luego, en 1990, vendría el trabajo académico realizado por María Cristina Orozco y Gilberto Loaiza. Un trabajo digno de encomio pues logró rescatar de la oscuridad de los archivos la totalidad de los artículos escritos por Tejada a lo largo de ocho años de producción, y depositarlos en la Biblioteca

Central de la Universidad Nacional.² Paralelo a este esfuerzo, no hay que olvidar, finalmente, las dos biografías sobre Tejada escritas por Víctor Bustamante en 1994 y John Galán Casanova en 2006. Con todo, no es ninguna exageración decir que, pese a estas importantes recuperaciones y valoraciones, la obra de Tejada ha salido de las penumbras del olvido para entrar a esas otras, menos aciagas por supuesto, que rodean a lo que hoy se podría denominar un autor de culto. Porque Luis Tejada sigue siendo, sin duda, un cronista leído por pocos.

2. Crónicas de factura literaria

Pero la razón más importante del interés que suscita la obra de Luis Tejada es el carácter de su escritura. Brevedad y vuelo poético se unen, por un lado, a la penetración entre espontánea y aguda de quien observa los acontecimientos de una sociedad que estaba pasando de la vida rústica de los pueblos a la velocidad de las ciudades masificadas. De hecho, desde un principio se le endilgó a Tejada el rótulo de “pequeño filósofo de lo cotidiano”. El mismo cronista hablaba de su labor como la de un vagabundeo filosófico por la ciudad que

consistía en salir a caminar desprovisto de itinerario para conocer las vidas anónimas de las gentes, los imperceptibles cambios en las costumbres, la belleza y a la vez la tragedia de las novedades tecnológicas.³

El estilo de Tejada es “sobrio, sencillo, presuntuosamente humilde”. Atravesado de ironía y de un sentido crítico luminoso, sobre todo en lo que tiene que ver con el estado de la literatura y la cultura que vivía Colombia en los años 20. En Tejada, por lo demás, aparece un espíritu en permanen-

te contradicción. Al publicarse su *Libro de crónicas*, en una entrevista que dio para la revista *Cromos* en 1924, el autor decía de sus crónicas:

son todas contradictorias. Escritas en épocas distintas, bajo distintas impresiones, puestas allí sin orden alguno: la primera de estas crónicas puede estar rebatida en la que sigue; esta en la siguiente, y así... Es un libro para gentes ocupadas, que no pueden, que no tienen tiempo de leer los grandes y los famosos libros. Mi libro será un libro para leer en el tranvía: para entretener los ratos ociosos de las muchachas inteligentes...⁴

En realidad, el tipo de crónicas que escribió Tejada son hijas puras del modernismo que, en un contexto social particular en el que aparecen los grandes diarios en América Latina, logró imprimir su sello singular. Juan Marinello define a este tipo de crónica así: “es una forma peculiar del periodismo, apresamiento del instante o de la figura representativa, del suceso trascendente, que esclarece el sentido de la historia política o cultural”.⁵ Las de Tejada cumplen su funcionalidad en el formato del periódico, pero desde allí se proyectan al público envueltas en una deliciosa atmósfera literaria. Desde la información de lo que acontece, su escritura se caracteriza fundamentalmente por una factura de excelente prosa y por un deslizamiento sutil y certero hacia lo que podría considerarse como el ensayo de corta extensión. Y aunque en la Colombia de la primera mitad del siglo xx son varios los ejemplos de este tipo de crónica –véase, verbigracia, los *Carnets* de José Umaña Bernal, *El caballero duende* y *Tinta perdida* de Eduardo Castillo, el *Glosario sencillo* de Armando Solano y *El curioso impertinente* de Diego Mejía– las *Gotas de tinta* de Luis Tejada son las que marcan el



Hernando Guerrero, Sin título, Viscosidad (Hayter), 1991, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

punto más destacado en este tipo de escritura periodística y literaria.⁶ Por ello, ante la pregunta de lo que significa escribir en Colombia a inicios del siglo xx, la respuesta más pertinente es volver a leer las notas ligeras y no tan ligeras de Luis Tejada. García Márquez, en alguna parte no del todo verificable, al referirse a la modernidad de la

literatura colombiana, dijo que en la revista *Mito*, aparecida entre 1955 y 1962, habían comenzado las cosas. Pero, apoyándose en lo dicho por Juan Gustavo Cobo Borda, es en Tejada, en los textos cortos y contundentes de ese muchacho enfermizo y magro de la provincia de Antioquia, en donde podría estar más bien ese comienzo.⁷

3. El mundo y no los libros

Luis Tejada no fue un gran lector ni tuvo una cultura amplia y sorprendente. Su ignorancia en el campo de la literatura resulta en cierta medida explicable: un poco por su edad y otro tanto por la consideración que le despertaban los libros. Tejada creía y aconsejaba a sus amigos y lectores no gastar demasiado tiempo en la lectura y más bien dedicarlo a “la vida ‘viva’, real e innumerable de los viajes, a la vida fecunda del ver y del oír”. Esta especie de consigna suya se apoya en Molière cuando este dice: “Ya no leo a Terencio ni a Plauto ni tengo que descifrar los fragmentos de Menandro; me basta estudiar el mundo”.⁸ Pero más que una inclinación contraria a la lectura y al libro, lo que se trata en Tejada es de una mirada desconfiada hacia el cultivo de los libros como actividad erudita. Pues, a su juicio, el erudito está al otro lado de quien “saborea la vida fecunda, poliforme y penetrante de los sentidos”. Por tal razón, y por la desconfianza que le despierta la erudición, es decir, quienes leen con fines intelectualmente utilitarios, Tejada prefiere hacer de la lectura una actividad deportiva y ociosa cuyo fin sea olvidar. Olvidar tanto el peso de las desdichas cotidianas y olvidar también y, sobre todo, lo que se lee.⁹ Sin embargo, los vacíos de la formación intelectual y literaria de Luis Tejada se resolvieron con una rápida y, en cierta medida, genial intuición. Alberto Lleras Camargo, en una semblanza sobre su amigo cronista, señala al respecto:

Yo conocí uno por uno los aprendizajes de Tejada hechos con una rapidez intuitiva que impedía la asimilación definitiva. Tejada era como muchos de nuestros intelectuales, un maravilloso ignorante. Sabía ignorar. Sabía que ignoraba. Pero sabía también que aun las cosas más complejas cabían dentro de su comprensión en el momento indispensable.¹⁰

¿Cómo, entonces, puede hallarse en un escritor tan joven, que miraba con desprecio la labor del lector erudito e intelectual y que además tenía grandes vacíos y lagunas en su acervo literario, una de las voces más paradigmáticas de la crítica literaria colombiana de las primeras décadas del siglo xx? Todo obedece, en primer lugar, a esa razón de ser de sus crónicas que están afincadas, como se dijo antes, en la contradicción. En ese permanente espíritu demoledor que hoy decía cosas encomiables sobre el desarrollo de la tecnología, que le cantaba a la bala de la pistola, a la locomotora y al aeroplano, y mañana despotricaba contra el vertiginoso progreso de las grandes ciudades europeas y de las campañas higiénicas que se establecían en el mundo occidental para mejorar la salud pública. Sin embargo, en el sentido de que la obra de Luis Tejada puede leerse, según Gilberto Loaiza, como una crítica sistemática de la cultura,¹¹ las crónicas dedicadas a su literatura son una de las más acertadas de la tradición letrada del país. Cuando se leen ocasionan una aceptación sin apelaciones porque se comprende que, justamente con la ayuda de las valoraciones de este joven cronista, empezaron a dibujarse con más o menos claridad los contornos de un mapa moderno de la crítica literaria colombiana.

4. Crítica de la cultura

Una primera parte de esta crítica tiene que ver con la desacralización del parnaso colombiano y, particularmente, con el ataque que Tejada hace a la figura de Marco Fidel Suárez. Tejada desmonta la tradicional noción que define a un clásico. A ese clásico de la literatura que imperaba en el país a inicios del siglo xx, que estaba amparado bajo el poder político, religioso y gramático,

y cuyo exponente principal fue el crítico e historiador de la literatura colombiana Antonio Gómez Restrepo. Si el clásico encumbrado de la Colombia oficial tiene que ver con la imitación de un estilo y sus giros empleados por los autores latinos y españoles de una época ida, Tejada considera que esto no es más que un matiz sombrío de un cierto clasicismo. Para él lo clásico no puede ser jamás imitación servil. Al contrario, lo que debe proponérsele como modelo a las nuevas generaciones de escritores es lo que está nutrido de la novedad, aquello que deriva de una interpretación original de la existencia. El clásico, es decir, el que perdura, no es el conservador de las formas letradas, sino aquel que despedaza la gramática y libera el idioma de sus cadenas tradicionales para volverlo dinámico y singular. Y no importa que esta urgente renovación de una literatura esté impregnada de voces extranjeras y exóticas con tal de que ellas se amalgamen adecuadamente a la fuente materna. Para Tejada, Marco Fidel Suárez como escritor, por ser un imitador inteligente de los prosistas castellanos del siglo XVIII, solo es un admirador erudito del pasado y su obra no ofrece nada interesante para el porvenir. En él no hay ningún fermento renovador. Como poeta no inventa ninguna verdad que es lo que, según Tejada, debe hacer todo poeta genuino. Y su influencia en la juventud ni siquiera es perniciosa porque simplemente no existe. Tejada concluye: la prosa de Suárez es

barata, pulida y brillante, como esas nítidas imitaciones de la Venus de Milo, que se expenden a cinco dólares en los escaparates de las marmolerías. Y su literatura, sin ojos y sin alma, pasará como un agua clara y trivial, sin dejar huella perdurable.¹²

Este mundo de sonetos, de alejandrinos, de admiración formal hacia un pasado clásico

lo representaba el modernismo. Y este, según Tejada, era también lo que era necesario si no demoler, al menos cuestionar. De allí que Tejada haya dedicado algunas de sus crónicas más emblemáticas para criticar las figuras de Rubén Darío y Guillermo Valencia. Ambos se erigían como referentes primordiales en el contexto literario colombiano. El primero lo es para Tejada, sin duda, y lo considera un clásico en el buen sentido que esta palabra tenía para él. Pero el valor activo de la poesía de Rubén Darío, es decir, su capacidad de influir a las nuevas generaciones interesadas en las posibilidades ofrecidas por los movimientos vanguardistas, no existe. La importancia de Rubén Darío, y esta es la importancia en general que le suscita el modernismo a Tejada, es solo de tipo idiomático. Allí reside su poder revolucionario, en el de haber sido capaz de liberar la lengua de sus cadenas tradicionales. Y aunque Darío fue el poeta representativo de una época americana –Tejada lo denomina el poeta genuino de la raza mulata–, su poesía es decorativa, rutilante como una exótica bisutería y cargada de una admiración pueril por el mármol, el oro y la seda. Ahora bien, es tal vez el aspecto ideológico, es decir, la manera en que Darío se prosterna hacia lo aristocrático, el refinamiento y el lujo fastuoso, lo que molesta a un Tejada que, como se sabe, terminó cantándole a Lenin y a la utopía del proletariado en la mayor parte de sus últimas crónicas. Rubén Darío “fue un poeta puramente interpretativo, y no un poeta impulsor o creador, no existen en su obra motivos esenciales, eternos, fecundantes que puedan transmitirse hasta el porvenir como una fuerza estimuladora”. Por esto escribió Tejada: “Rubén Darío, que en paz descansa” en la crónica “Rubén Darío R.I.P.”.¹³

Este cuestionamiento al modernismo llega a unos niveles extremos cuando Tejada

enfrenta la figura de Guillermo Valencia: el escritor más célebre de la Colombia de las dos primeras décadas del siglo xx. Con Darío y su concepción sobre la poesía que debía escribirse, Tejada precisaba que era necesario que las nuevas voces le torcieran el cuello no solamente a la elocuencia, como lo proponía Verlaine, sino a la música de los versos: “¿Hasta cuándo nos van a dar los poetas su música cansada de cascabeles, la terrible música monótona de los sonetos y de los cuartetos, la música intonsa de todos los metros correctos...?”.¹⁴ Frente a Valencia se mezcla, a “este horror por las palabras musicales, los metros musicales, los poemas musicales”, la cuestión ideológica, ya que Valencia era al mismo tiempo un artificioso constructor de poemas marmóreos y un terrateniente cazador de indios en su Cauca natal. En el periódico *El Sol*, que Tejada y José Mar fundaron en 1922, aparecieron dos crónicas que son literalmente una declaración de guerra a la obra y al pensamiento político de Valencia: “Guillermo Valencia ha sido siempre un astuto usurpador de patrimonios ajenos: su obra poética es el fruto de una inteligente piratería ideológica al través de todas las literaturas”.¹⁵ Tejada se atreve a decir, en un medio literario que daba la vida por el autor de “Los camellos”, que lo que ha usurpado Valencia no son unos cuantos versos, de Leconte de Lisle o de Anatole France, sino “la inspiración inicial de toda su obra”.¹⁶ En Valencia no hay nada personal y nada terrígeno y, por ende, nada que pertenezca al ambiente nacional.

Sus cigüeñas, sus camellos, sus centauros, su concepto de la mujer, su concepto del hombre, su concepto de la vida y del mundo... todo eso lo encontramos disperso y palpitante en la literatura europea finisecular.

Y como concluyó con Marco Fidel Suárez y Rubén Darío, frente a Valencia, Tejada dice:

Su obra podrá ser maravillosa en la forma externa; podrá ser tersa y perfecta como un mármol, pero como un mármol está muerta para el porvenir.¹⁷

5. Crítica literaria y crítica social

En esta intensa y breve demolición de las figuras poéticas colombianas, en este derrocamiento de los dioses y en esta destrucción de los altares letrados, tan propios de estos años, Tejada sabía que la única manera de renovar una literatura dominada por un manejo de gramáticos presidentes y de eclesiásticos latinistas era hacer estallar la lengua y sus mecanismos internos. Pero si esto no se acompañaba de un cambio radical en las bases socioeconómicas de las políticas del Estado –no se olvide que Tejada era un ateo convencido y un todavía más convencido comunista–, Colombia jamás saldría de su estado permanente de atraso literario. En una de las crónicas más explícitas al respecto, Tejada considera que la gramática es lo que verdaderamente encadena la expresión literaria de un pueblo que desesperadamente busca una equidad social. De hecho, como lo dice David Jiménez, en Tejada no hay “distinción entre crítica literaria y crítica social. Todo es crítica social, crítica de la cultura, bajo las apariencias del comentario ligero y de circunstancias”.¹⁸ Y en tanto que esta crítica aparece en los diarios, está lejana del campo académico o del ensayo más o menos ambicioso. Tejada asumió siempre la literatura como un fenómeno estético, pero en tanto que este es eminentemente social.

En “La gramática y la revolución”, Tejada plantea entonces una posible solución para salir de la empobrecida literatura colombiana que prevalecía en su tiempo. Cuando los prohombres letrados se lamentaban

del poco respeto que tenían los periodistas y los nuevos escritores frente a la gramática, Tejada opinaba que sencillamente había que eliminarla. Perniciosa herramienta de sometimiento político y cultural, los únicos capaces de derrumbarla eran aquellos que tuvieran nuevas ideas y avizoraran el porvenir con arrojo y descaro. Y, apoyándose en los poetas de la revolución bolchevique (Blok, Essenin, Mayakovski), Tejada escribe: “En las épocas de intensa agitación espiritual, en los momentos de revolución, cuando todo se subvierte o se destruye, la gramática salta hecha pedazos, junto a las instituciones milenarias”. Y es debido a esta enfermiza afición a la gramática que la literatura colombiana, concluye Tejada, “es la más retrasada, la menos inquieta, vigorosa y fecunda del continente”.¹⁹

Estas andanadas, contra el *establishment* literario colombiano quedarían en un plano más o menos hipotético si en la crítica de Tejada no existiera una poesía o unos poetas capaces de enfrentarse a la conservadora fuerza de la tradición. Estos no fueron muchos, en realidad, y hasta pudiera decirse, que a excepción de su positiva valoración de José Asunción Silva y de León de Greiff, solo hubo un poeta que tuvo el poder de sorprender y maravillar totalmente a Luis Tejada. Fue Luis Vidales y su poesía goza de esos atributos que afanosamente buscaba el crítico. Si Silva reunía algunos de los rasgos esenciales de esa curiosa creatura que Tejada llamaba poeta del porvenir –audacia, belleza y vitalidad dinámica en el verso–, Vidales, el joven Vidales, convence por su inmersión definitiva en el presente, en ese presente que rompe con el pasado y su espíritu conservador y se asoma con osadía al futuro. En la crónica “Un poeta nuevo”, de 1923, Tejada celebra el advenimiento de esa voz inquietante que luego,



Hernando Guerrero, Sin título, impresión indirecta, 1991, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

en 1926, se definió cabalmente en el libro *Suenan timbres* que, desde muchos puntos de vista, es el libro más vanguardista, sino el único, que habría de aparecer en un país que no gozó, entre otras cosas, de una buena salud vanguardista. Tejada solo leyó algunos de esos poemas, pero le bastó para que en su crónica dijera: “Yo presento hoy, y reclamo para él, el título de poeta en el mejor y más noble sentido de la palabra, a Luis Vidales”.²⁰ Y luego se dedica a decir que lo interesante de esta poesía es su carácter futurista. Una poesía de ideas, sobria y sintética y que posee el don del humor. Pero no del humor provinciano y carente de penetración y de análisis como es el caso que Tejada vio en la poesía de Luis Carlos López, sino de un humor que en Vidales es manifestación de lo trascendental y una forma del pensamiento. El humor de Vidales refleja una visión cósmica del universo

y, al contrario de López que trabaja la confrontación de realidades externas de una comunidad pueblerina, el basamento de Vidales es la confrontación interna de las ideas. Y es verdad que cuando se lee *Suenan timbres*, se está frente a una poesía excepcional que proponía nuevos rumbos, formales y de contenido, a una tradición afincada en los angostos y sospechosos terrenos de una gramática altisonante y servil.

Luis Tejada formó parte, junto a Jorge Zalamea, León de Greiff, Rafael Maya, José Umaña Bernal y Luis Vidales, entre otros, del grupo Los Nuevos. Ese grupo que se enfrentó a la generación del Centenario que lo antecedió con las armas de una ardorosa juventud y las ideas vanguardistas europeas que empezaban a recorrer el continente latinoamericano. Bajo cierta perspectiva, este grupo fue el protagonista, y Tejada a su cabeza como su joven ideólogo, de un debate entre modernidad y tradición que se dio en Colombia. Jineth Ardila, que sigue con minucia este debate, es categórica cuando demuestra que es falso decir, como aún se sigue diciendo en ciertos círculos, que no existió tal debate.²¹ Claro que existió y si no triunfó la propuesta vanguardista y terminó imponiéndose la tradición fue debido a la falta de unidad de los ataques de Los Nuevos y a la dispersión de los integrantes de este grupo. Varios de ellos viajaron al exterior y gozaron incluso de las prebendas de la vida diplomática otorgadas por el gobierno conservador de entonces. Muerto Tejada, bruscamente detenido su proyecto de renovación sociocultural lanzado desde las lindes de la izquierda comunista, y disgregados sus amigos de combate, Colombia vería llegar a un grupo de intelectuales de tendencia nacionalista, criollista e indigenista que se denominaría, hacia 1930, como generación *Bachué*. Valdría la pena pregun-

tarse qué hubiera pensado el iconoclasta Luis Tejada –él, que amaba tanto al pueblo y las luchas de los desamparados, pero que también sentía una poderosa atracción por los vientos que traían las vertiginosas vanguardias– de este regreso al orden pintado con los nuevos rasgos americanistas que habrían de caracterizar la literatura latinoamericana de las décadas siguientes.

Referencias

- 1, 4, 5, 6, 7, 10, 12, 13, 19, 20 Tejada, L. (1977). *Gotas de tinta*, prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 15, 396, 21, 22, 31, 404, 76, 163-164, 323, 159.
- 2, 3, 11, 15, 16, 17 Loaiza Cano, G. (2008). Prólogo en Tejada, L. *Nueva antología de Luis Tejada*, edición a cargo de Gilberto Loaiza Cano, Editorial Universidad de Antioquia, pp. xxxi-xxxii, xx, xxi, 316, 318.
- 8, 9, 14 Tejada, L., (2009). Epístola sobre los libros y los viajes en *Leer y releer*, n.º 55, septiembre, Universidad de Antioquia / Sistema de Bibliotecas, pp. 7, 8, 64.
- 18 Jiménez, D. (2009). *Historia de la crítica literaria en Colombia 1850-1950*, Universidad Nacional de Colombia, p. 248.
- 21 Ardila, J. (2013). *Vanguardia y antivanguardia en la crítica y en las publicaciones culturales colombianas de los años veinte*, Universidad Nacional de Colombia.

Pablo Montoya es ensayista, novelista, narrador y poeta. Profesor de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia. Ha publicado libros de ensayo, poesía, cuento y novela. Algunos de ellos son: *Adiós a los próceres*, *Trazos*, *Lejos de Roma*, *Tríptico de la infamia* y *Marco Aurelio y los límites del imperio*, su novela más reciente.

**

Texto disponible en línea en:
<https://doi.org/10.4000/america.1499>.
 CC BY-NC-ND 4.0.

Luis Tejada, una voz que ha perdurado más de cien años

Melissa Téllez H.

*¡Dios me guarde de los versos perfectos!
Quiero los versos un poco descoyuntados,
pero vivos y que vengan formados de
palabras, no exóticas, sino simplemente
imprevistas; que envuelvan al mismo
tiempo una idea o una imagen, no nueva,
sino que apenas nos deje un poco atónitos,
un poco sorprendidos, porque no la
esperábamos allí, porque no adivinábamos
que la estrofa iba a concluir de esa manera,
tan natural sin embargo, pero tan poco
acostumbrada.*

“Los versos”, Luis Tejada

Mirar los grandes acontecimientos es sencillo. Casi nunca hay que buscarlos, los conoce todo el mundo: son tan extraordinarios que es imposible no fijarse en ellos. En cambio, las pequeñas cosas, las cotidianidades que acompañan la vida son difíciles de ver, de reconocer, de celebrar. Parecen tan comunes que suelen pasar por desapercibidas; aquellos que encuentran la fascinación de la vida en esos detalles son excepcionales, increíbles, únicos.

Luis Tejada fue uno de ellos. A través de su escritura exploró las cosas que lo rodeaban, y a su corta edad logró establecerse como uno de los cronistas más importantes de Colombia. En busca del sentido de las cosas y de las verdades íntimas en los detalles, Tejada “se jugaba su escritura con absoluta seriedad”, como afirma Andrés Acosta, profesor, filósofo y escritor.

Este año se cumplen cien años del fallecimiento de Tejada, pero sus preguntas, su singularidad, su creación y análisis siguen en sus letras, traspasando el tiempo y las diferencias que nos separan. En un mundo tan interconectado, ahora es más fácil perdernos y aislarnos. Escrituras como la de Luis Tejada nos recuerdan lo importante, lo que mueve el mundo, la vida que es tan maravillosa que parece casi fantástica.

La escritura progresista

Luis Tejada Cano nació en Barbosa, Antioquia en 1898. Conocedores de su obra como Juan Gustavo Cobo Borda y Santiago Gallego coinciden en que, desde pequeño, Tejada tuvo gran afinidad con la escritura y la lectura. Aprendió a leer con *El Espectador* y a los once años era ya un lector voraz de escritores como Arthur Conan Doyle.

Su familia, liberal, jugó un gran papel en su educación y en el camino crítico que lo caracterizaría más adelante. Con apenas diecinueve años publicó su primera crónica en *El Espectador* y desde entonces comenzó a forjar una voz progresista y vanguardista que lo acompañaría por el resto de sus años. Durante su carrera tocó temas diversos como la industrialización, las revoluciones políticas y sociales, la moral, los temas éticos, literarios, los temas rurales y urbanos e, incluso, los temas que atañían a la existencia misma de la humanidad.



Sofía Arango, Sin título, linóleo, 1992, último registro, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

A través de situaciones cotidianas y usando herramientas como las paradojas, el humor, el absurdo y la ironía, Tejada era capaz de hacer grandes preguntas sobre el mundo y analizar la sociedad que lo rodeaba. Esto fue justamente, lo que, según Andrés Acos-

ta, lo convirtió en un “pequeño filósofo de lo cotidiano”, como fue conocido.

Esa técnica, esa precisión, ese detenimiento, ese saber dónde poner el interés, unido al atrevimiento de pensar lo esencial de la

condición humana, eso junto nos ofrece un pequeño filósofo de lo cotidiano; ahí está el cronista que no se conforma con detallar un evento, detallar un paisaje, sino que él quiere decir algo sobre aquello: bueno, y ¿eso cómo moviliza al ser humano?, ¿cómo impacta al ser humano?

explicó Acosta en la Cátedra Lectores y Lecturas de la Universidad de Antioquia.

Tejada escribió para medios como *La Nación*, *El Universal*, *Rigoletto*, *Glóbulo Rojo*, *Cromos*, *El Sol*, y, por supuesto, *El Espectador*, en donde publicaría gran parte de su trabajo y donde tendría dos columnas muy importantes: “Gotas de tinta” y “Mesa de redacción”.

Debido a su muerte prematura, Tejada no vería impresa su primera recopilación de crónicas *Libro de crónicas*, que se estaba editando ese mismo año (1924). Años después se harían otras tres recopilaciones más: *Gotas de tinta* (1977), *Mesa de redacción* (1989) y *Nueva antología de Luis Tejada* (2008).

Luis Tejada era un hombre joven, educado, curioso y ambicioso. Por medio de su escritura, no sólo exploró el mundo que lo rodeaba sino también el mundo interior. Su objetivo, como lo dijo en su texto “Los versos”, no era la novedad, sino la sorpresa. Convertir algo sencillo en algo grande e inusual: agrandar la realidad, o por lo menos, nuestra percepción de ella.

Tejada después de cien años

Tejada murió muy joven, cuando apenas tenía veintiséis. A pesar de que llevaba años trabajando como cronista y se había forjado una reputación importante en el medio, la verdad es que su carrera fue corta. Lo an-

terior, sumado al clima conservador de la época sumieron su labor en un olvido por décadas, como lo asegura Santiago Gallego en el artículo académico “Una poética jovial: aproximación oblicua a la obra de Luis Tejada”.

Sin embargo, como afirma el mismo investigador, cincuenta años después de la muerte del escritor surgieron intentos de recuperación de su trabajo periodístico. Gracias a las distintas recopilaciones, investigaciones académicas, artículos, clases, entre otros, su trabajo aún es leído y estudiado con gran seriedad.

Hoy, a Luis Tejada Cano se le reconoce como uno de los cronistas más grandes de Colombia: su estilo, singularidad y su mirada crítica al escribir lo han convertido en un referente en el periodismo nacional.

Construir un legado que perdure en el tiempo no es fácil. Entre tanta información, tantos escritores, tantos libros, muchas cosas quedan perdidas en el olvido. A pesar de ello, la escritura de Luis Tejada ha perdurado, no solo gracias a los académicos que han rescatado y analizado su obra, sino también por su propia voz. Luis Tejada fue uno de los progresistas más importantes de su época; debido a su mentalidad revolucionaria, su rebelión contra los valores establecidos y su mirada en los pequeños detalles fue capaz de construir en un corto período de tiempo una identidad que permanece incluso después de cien años de su muerte.

Melissa Tellez H. Lectora, periodista y creadora de contenido digital. Instagram: @historias.pequenitas

Luis Tejada, el agitador bolchevique

Mauricio Hoyos

“Un día, lo cuento porque ocurrió, Don Gabriel Cano me pidió que, como amigo íntimo de Luis, a quien este atendía en sus demandas, le rogara que siguiera con sus crónicas literarias y dejara esos temas que no eran los de su cuerda”, cuenta el poeta Luis Vidales en su texto “Luis Tejada, un poeta del periodismo”.¹ Vidales no le dijo nada.

Esos temas eran la lucha obrera, el antimperialismo, la lucha de clases, la crítica a las castas oligárquicas que gobernaban el país de espaldas a los más pobres. En fin, los temas con los que el cronista había alcanzado la mayoría de edad tras su meteórica carrera en la prensa de Pereira, Bogotá, Barranquilla y Medellín.

“Algún día me dijo: ‘he decidido dejar de escribir estas cosas; tenemos que organizar a las masas’”.² Y alcanzó a intentarlo. Con Vidales fundó el Partido Comunista Colombiano, hoy insignificante, sin líderes carismáticos, aunque con periódico: *Voz Proletaria*. El periodismo que practica tiene en Tejada su precursor.

Puede que los lectores de Tejada pasemos de largo esta labor sistemática del periodista combativo, embriagados por “estos temas literarios” sobre cuanta pequeña cosa tenía por delante el autor.

Sin embargo, es su obra de madurez política la que encontró continuadores en el periodismo colombiano, en autores como García Márquez, Alfredo Molano, Arturo

Álape, Juan José Hoyos. O en columnistas como Alberto Aguirre, también marxista-leninista. Es curioso que los llamados “mejores” hayan sido los más rojos. La prensa colombiana les debe sus mejores páginas. Resulta que esos temas eran los más necesarios y el resto de sus “crónicas humorísticas”, solo una manera de ganarse el pan sin moverse del escritorio.

Lo cierto es que Tejada era un prosista tan calenturiento y extremista que no habría sobrevivido a las siguientes décadas de lucha política sino por milagro. Como revolucionario, sorprende que su pensamiento haya ido tan lejos (ni los exguerrilleros en el Congreso se consideran hoy día marxistas-leninistas, ni el presidente, que se dice socialista, subió allí para oprimir a los ricos, sino dizque para “profundizar el capitalismo”).

No lo digo por el elogio de las armas, la guerra, el asesinato de curas, la antropofagia: “nada más lógico, más natural y hasta más conveniente”;³ o la represión a la libertad de prensa, que “rellena de dinamita los vocablos”,⁴ la crítica a la democracia o al parlamentarismo, tan vigentes. Su propuesta era la revolución, no las meras reformas, pues bastaba con afiliarse al Partido Liberal:

Aquí hace falta la supresión violenta de ciertas libertades, para que la minoría educada y acomodada que es la única que ha podido gozarlas, adquiera una súbita idea completa de la angustiosa realidad nacional.⁵

Tejada quería la dictadura del proletariado.



Claudia Higuera, Sin título, grabado, 1992, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

Sostenía, en “El patíbulo”, que

la pena de muerte no es justa y fecunda en bienes sino cuando se aplica a una idea abstracta, a un símbolo o a un régimen: el buen Luis XVI y el pobre Nicolás de Rusia fueron indudablemente inocentes y puros; por sí mismos no merecían la muerte, pero sí la merecían como símbolos que eran de la Monarquía; matándolos se mató a un régimen, se labró un abismo necesario entre la tradición y la revolución.⁶

Justificaba el asesinato político. ¿Quién se atrevería a tanto hoy día, al menos públicamente? Así lo entendieron siempre los capitalistas, oligarcas y terratenientes, y se guindaron a exterminar partidos políticos, líderes sociales, candidatos a la presidencia, como si se tratase de una plaga de cucarachas.

Tejada advertía una hecatombe, la olía en el aire, que se resolvería en las sucesivas masacres que carcomerían la historia nacional:

No es posible que la cantidad de emoción, de violencia y de ansia de venganza que la tiranía sistemática va acumulando en el corazón de los pueblos permanezcan eternamente en estado de potencia; algún día tendrá que estallar, y cuanto más tarde, más enorme, avasalladora y terrible será la explosión.⁷

Y vino la explosión, vino la sangre por oleadas, pero la revolución sigue en veremos.

Naturalmente, lo sabía, escribía “a riesgo de merecer el reproche de las gentes sensatas”.⁸ Era un profeta del apocalipsis de la burguesía colombiana. Las siguientes décadas de lucha guerrillera, que no han cesado, hallarían en él un apóstol furioso y un líder de cuidado:

“... la violencia sin restricciones es el único método eficaz para imponer un ideal”.⁹

Comenta erróneamente el biógrafo John Galán Casanova, que respecto al socialismo Tejada tenía “ideas un tanto vagas de cómo podrían llegar a establecerse”.¹⁰ Otro testimonio rinde Vidales, en su texto citado arriba:

la traducción y publicación y difusión del programa del partido comunista de la URSS; la estructuración de un correo de postas en gran parte del país; la primera ordenada penetración a los cuarteles, y descollantemente, la orientación marcada al movimiento hacia la conquista de la clase obrera, con logros en los sectores de ferrocarriles y de la construcción. Estas y otras búsquedas señalan a Luis Tejada como un líder real y nada literario.¹¹

Ya estaba adoctrinando a la tropa. El marxismo-leninismo es un método de trabajo, teoría y praxis que Tejada aplicó sin ambigüedades.

Mutilarle al mejor cronista colombiano, como se ha dicho, su matiz político, es como extraerle el color a la sangre. Por esa línea, Víctor Bustamante escribió en su biografía *Luis Tejada, una crónica para el cronista*: “Lo político es la parte desechable del escritor, solo queda y se establece la actitud personal”.¹² Pues todo lo contrario, lo que perduró en el tiempo, lo que hizo escuela, fue su uso del periodismo como arma de lucha política. El mismo Tejada responde, en el texto titulado “El criterio antipolítico”: “si algo distingue al hombre civilizado del hombre bárbaro, ese algo es únicamente la sensibilidad política”.¹³

Personalmente, no me agunto sus inspiradas bagatelas que, como él mismo lo dice en una entrevista, “para entretener los ratos ociosos de las muchachas inteligentes”.

Su más certero análisis es político. En aquel entonces, por ejemplo, describió la esencia del alma antioqueña más retardataria, en su texto “El socialismo en Antioquia”: “Los antioqueños son unos señores esencialmente reacios a todo lo que tienda directa o indirectamente a modificar el concepto clásico de propiedad, aun cuando sea en un sentido más unánime y justiciero”.¹⁴ Por eso fue la cuna del paramilitarismo.

Tejada murió el mismo año que Lenin, a quien dedicó dos textos importantes. En uno reconocía que fue gracias a él que empezó a escribir con tinta roja: “he aprendido a descifrar el taciturno silencio de los obreros tiznados que, entre los crepúsculos rojos del anochecer, he visto desfilar a sus cubiles altos, incubadora de una necesaria y justificada venganza...”. Para él, Lenin era “el único salvador del mundo”.¹⁵

Fue un cronista rebelde en su tiempo y todavía en el nuestro, capaz de hacernos ver las cosas por su revés inesperado e insumiso. El capitalismo requiere enemigos con su imaginación transgresora, capaces de devolver a la palabra su poder revulsivo. No lo recordemos solo como el artífice de ingeniosos textos sobre nimiedades.

Referencias

- ^{1, 11} Vidales, L. (1977). Luis Tejada, un poeta del periodismo en Tejada, L. *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, p. 416.
- ^{2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 13, 14, 15} Tejada, L. (1977). *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 413, 283, 225, 224, 78, 148, 220, 107, 364.
- ^{9, 10} Galán Casanova, J. (1993). Luis Tejada: crítica crónica en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Ángel Arango, 30 (33), pp. 50, 54.
- ¹² Bustamante, V. (1994). *Luis Tejada: una crónica para el cronista*, Babel, p. 12.

Mauricio Hoyos (Girardota, 1986), escritor.
mauricio.hoyosm@udea.edu.co

Una poética jovial: aproximación oblicua a la obra de Luis Tejada

Santiago Gallego

*¡Yo quisiera escribir el poema de las pequeñas
llamas misteriosas
que alientan un instante a nuestro lado,
o pasan intermitentes y fugaces a lo largo de
nuestra vida!*

Luis Tejada, "Las llamas"

La obra de Luis Tejada vive en el seno de pequeños círculos de lectores que le rinden venal admiración. El completo olvido le ha sido negado gracias al obstinado propósito ocasional de algún poeta o biógrafo encargado de recordar a un autor que se auto-proclamó, con cierta humildad, cronista, y al que le hace más justicia el título de escritor o poeta. Añadir un episodio más a esta dilatada historia de decidida obstinación es el propósito de esta nota.

La vida de Tejada fue breve e intensa. Nació en el pueblo de Barbosa el 7 de febrero de 1898 y murió en Girardot el 17 de septiembre de 1924. A sus veintiséis años había vivido en Barranquilla, Medellín, Pereira y Bogotá. Había publicado un libro (*Libro de crónicas*) y sido padre de un hijo que murió prematuramente. También había militado en el Partido Comunista Colombiano junto al poeta Luis Vidales, contraído las muy literarias y decimonónicas enfermedades de la sífilis y la tuberculosis, y no sin exceso retórico lo habían nombrado "príncipe de los cronistas colombianos". Vistos con más detalle, algunos eventos de su vida ayudan a entender la formación intelectual de este alegre pastor industrial.

Su padre era Benjamín Tejada Córdoba, educador, periodista y vibrante orador de vocación liberal. Juan Gustavo Cobo Borda cuenta la anécdota irresistible de un Tejada Córdoba comprometido en cierta campaña antialcohólica que llegó a tener sesenta y seis sociedades y 82.000 socios en contra del "funesto vicio": "La tradición oral recuerda el hecho de que sus beligerantes conferencias eran celebradas, posteriormente, con copiosas libaciones de aguardiente".¹ Comerciante en bancarrota y fecundo fundador de colegios, Tejada Córdoba murió en Bogotá, un año después que Luis, cuando era profesor de la Universidad Libre "y en la misma forma como había vivido y como vivió su hijo: en la mayor pobreza".² La madre de Tejada era María Isabel de las Mercedes Cano, familiar de Fidel Cano, fundador del diario liberal *El Espectador*. Allí Tejada escribió la mayor parte de sus notas.

La acostumbrada biografía de los escritores casi siempre coincide en hablar de sus genialidades o excentricidades prematuras. Así, se cuenta que a los once años Tejada leía vorazmente las obras de sir Arthur Conan Doyle, de quien heredó quizás su perdurable vocación de detective trascendental, y que a los catorce ingresó a la Escuela Normal de Varones, donde se hizo a la malquerencia profesoral por leer el *Emilio* de Rousseau. En su reglamento de 1910, la Normal disponía: "[se prohíbe] tener en el establecimiento discusiones sobre política o novelas de cualquier género que sean, o aun ocuparse en su lectura".³ Para graduarse en el instituto pre-

sentó una tesis titulada *Métodos modernos*, donde defendía las nuevas pedagogías que comenzaron a aplicarse en algunos centros educativos del país, como en el Gimnasio Moderno de Bogotá. Monseñor Rafael María Carrasquilla, desde el púlpito del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, advertía por entonces con tufillo censor y católica mojigatería usual:

Poner en manos de los jóvenes que se educan para maestros toda clase de obras católicas y heterodoxas, sanas y venenosas, para que ellos formen su criterio es, para usar de la frase más suave que encuentro, una gravísima imprudencia.⁴

No es difícil preverlo: al final de sus estudios el novel progresista no obtuvo su título de maestro y en adelante se consagró a una suerte de periodismo poético que en breve discutiré.

La generación a la que perteneció Tejada fue aquella conocida como la de Los Nuevos, generación preocupada por la búsqueda de la renovación poética y política en una república de gramáticos (que casi es lo mismo que decir “de conservadores”). Tanto León de Greiff como Luis Vidales, Jorge Zalamea, el caricaturista Ricardo Rendón y el mismo Tejada se despreocuparon por la preservación de moldes viejos, tarea que se había propuesto con ahínco Marco Fidel Suárez, un gramático que, con ignorancia deliberada de Nietzsche y decidido anacronismo, insistía fervorosa –candorosamente– en la comunión indisoluble entre belleza y bien moral, así como en la necesidad de que la Iglesia y el Estado fueran uno. A él se dirigió Tejada sin prescindir de la crueldad:

[...] los personajes a quienes se dirigen con naturalidad como si existieran realmente, son

criaturas que desaparecieron hace muchos días; las ideas que expresan son ideas que lógicamente pudieran haberse tenido hace cincuenta años; y cuando por casualidad mencionan un nombre o un suceso actual, lo hacen en una forma vaga y sibilina, como el que, en el siglo anterior, se hubiera puesto a profetizar lo que está sucediendo hoy.⁵

Tartamudo, bohemio y conjetrador feliz, a Tejada lo afligieron múltiples penurias durante su vida, salvo la radical falta de confianza. Zalamea coincide con esto: “Pero él nunca dudó. Parece que fue la única prueba de los apóstoles que no tuvo que sufrir, porque el entusiasmo de su juventud no le permitía el escepticismo”.⁶ Su temprana fe en la pedagogía dio paso a su fe en el comunismo; conservó siempre, pues, el deseo de creer. Ello explica su irritación frente a la ironía:

La ironía no es, como suele decirse, demasiado irónicamente, un síntoma de agilidad intelectual; es más bien una rigidez, una inercia, un estancamiento de la mente dentro del círculo reducido que afecta a la apariencia de las cosas, a su forma externa, a su superficie.⁷

El último año de su vida lo concentró en su militancia política, que afectó notablemente el tono y tema de sus publicaciones en *El Espectador*. Se ocupó, en consecuencia, del salario de la mujer, de las revueltas universitarias, los manifiestos nacionalistas de jóvenes conservadores y la necesidad de combatir el dogmatismo eclesiástico.⁸ En sus últimos días abandonó Bogotá por recomendación médica para instalarse en las cálidas tierras de Girardot, donde al fin murió joven.

Un año después de su muerte, Alberto Lleras lo recordó desde Buenos Aires así:



Elkin Úsuga, Noctámbulo, aguatinata, 1993, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

Luis Tejada, diminuto y nervioso, barbudo, vibrante, ágil, elevando su voz de violín destemplado sobre todos sus compañeros de café o de redacción. Luis Tejada, aislado del ruido sordo de la maquinaria, escribiendo

do con dificultad pulimentadora y sintética, notas breves sobre todo lo que giraba a su alrededor, con una unción franciscana y de agradecimiento hacia las cosas y los hombres, que me conmovía desoladamente. Luis

Tejada, comunista, abandonando a sus ideas lo único que le quedaba por entregar de su personalidad y cambiando su vida de contemplativo, por una agitación permanente en que a veces yo quería buscar el gesto de demencia cuando solo podía haber la locura apostólica. Luis Tejada, un hombrecillo diminuto que tenía un alma tan grande, que no tenía miedo de venderla todas las tardes a la redacción del periódico y verterla en cuarenta líneas de linotipo.⁹

II

Aunque colaboró con el semanario *El Sol* y con la revista *Cromos*, el grueso del trabajo de Tejada fue publicado en el diario *El Espectador*, donde el escritor tenía dos columnas: una titulada “Mesa de redacción” (que hacía parte de la sección editorial y trataba mayormente temas políticos), y otra llamada “Gotas de tinta”, donde abordaba temáticas más amplias. Se trataban todas ellas, salvo unas pocas más extensas aparecidas en *Cromos*, de textos breves, bautizados por él mismo como “crónicas”, y que rondaban las mil palabras.

Publicado el año de su muerte con el patrocinio del “doctor Villa Álvarez”¹⁰ –al parecer un notable médico que ejercía en Manizales–, el *Libro de crónicas* reunió, en 130 páginas, cuarenta y siete textos publicados previamente por Tejada, quien hablaba así de él:

Las ciento cincuenta páginas que formarán mi primer libro, mi *Libro de crónicas*, son todas contradictorias. Escritas en épocas distintas, bajo distintas impresiones, puestas allí sin orden alguno; la primera de esas crónicas puede estar rebatida en la que le sigue; esta en la siguiente, y así... Es un libro para gentes ocupadas, que no pueden, que no tienen tiempo de leer los grandes y famosos libros. Mi libro será un libro para leer en el

tranvía; para entretener los ratos ociosos de las muchachas inteligentes.¹¹

El libro se reeditó en 1961 (Ediciones Triángulo) y en 1997 (Editorial Norma). Una edición del Instituto Colombiano de Cultura (1977), titulada *Gotas de tinta*, reprodujo aquel primer y único libro de Tejada y añadió unas ochenta crónicas más, tomadas de *El Espectador* (publicadas entre 1921 y 1924), otras del semanario *El Sol* y unas más de la revista *Cromos*. Una edición de 1989 (*Mesa de redacción*, Editorial Universidad de Antioquia) recopiló textos diferentes a los publicados en la versión del Instituto Colombiano de Cultura y, en 2007, la misma editorial de la Universidad de Antioquia publicó, a cargo del historiador Gilberto Loaiza Cano, una *Nueva antología de Luis Tejada*.

Alguna literatura sobre Tejada, sin ser abundante, ha aparecido en las últimas décadas. De 1993 es el trabajo monográfico del sociólogo John Byron Orrego, titulado *Luis Tejada Cano y el inicio de la modernidad literaria en Colombia* (Concejo de Medellín); de 1994, la biografía *Luis Tejada: una crónica para el cronista*, del poeta Víctor Bustamante (Editorial Babel); del año siguiente, el ensayo *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*, del ya citado Loaiza Cano (Tercer Mundo Editores), y de 2006, la biografía de afortunado título *Luis Tejada: vida breve, crítica crónica*, del poeta John Galán Casanova (Editorial Panamericana).

Podría decirse que Tejada estuvo sepultado en el olvido durante los cincuenta años posteriores a su muerte. Su amigo y compañero político Luis Vidales no economizó un par de neologismos al censurarle a Colombia, en 1976, esta negligencia:

El olvido, el estado letárgico parece ser la palabra de orden de esta sociología. Se trata de



Jhon Jair Muriel, Sin título, fotoserigrafía, 1992, 1/12, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

un entresueño, de un segismundismo, de un yacer soporífero, de un estado de catalepsia, de una condición hipnótica, de un sonambulismo, de una vagotomía vegetal.¹²

El que todavía hoy existan lectores fervorosos de Tejada en un país que carece de anticuarios compulsivos o de afanados nacionalistas demuestra al menos que su obra no es una vieja curiosidad del pasado. Sociólogos e historiadores han leído sus crónicas como documentos sociales y con ellos han reconstruido el proceso modernizador en las primeras décadas del siglo xx en Colombia; su calidad estética, en tanto, no ha envejecido, y de allí que Tejada siga interesando a los poetas. Y a todos, aunque de manera incidental (y está bien que así sea), les ha intrigado un mismo asunto: ¿qué son estas autoproclamadas “crónicas”?

III

Una dificultad elemental y hasta aquí inconfesada ha entorpecido la redacción de estas líneas. El lector atento ya lo habrá notado: me he referido mayormente a la “obra” de Tejada o a sus “textos” o “notas”, vacilando en llamarlos “crónicas” (como él lo quiso, al bautizarlos así, en el título de su único libro). Todos los que han escrito sobre él oscilan entre la justificación de esa denominación y un intento por redefinir el género de la obra. Sin querer agotar una discusión que no supera aquella inocua y extensa sobre el sexo de los ángeles, documento dicha polémica a manera de curiosidad y anécdota.

El poeta Cobo Borda ve inusuales características en la crónica. Dice: “La crónica, que es hasta cierto punto periodismo, pero que es, ante todo, buena prosa, oscila entre el

ensayo breve y la digresión aguda, y tiene a Luis Tejada como su más destacado exponente”.¹³ No sin aparente maldad y acertada intuición, Cobo Borda contrapone buena prosa y periodismo; su definición de la crónica, sin embargo, parece acercarse más a la del artículo de opinión o a la del ensayo tal como lo conoció y practicó Montaigne: “Ella [la crónica] ya no busca tanto la transmisión de novedades, como lo fue en sus orígenes; [...] sino más bien [...] glosar en un apunte breve, un comentario incisivo, una mirada al sesgo, la realidad entera”.¹⁴

Simpático: García Berrío y Huerta Calvo (1995), en *Los géneros literarios*, casi hablan en los mismos términos sobre el ensayo, señalando que este posee una “prosa literaria sin estructura prefijada, que admite la exposición y argumentación lógica, junto a las digresiones, en un escrito breve sin intención de exhaustividad”.¹⁵ Y antes informan:

[...] en determinadas épocas ha prevalecido un concepto del mismo muy estetizante, hasta el punto de que los límites entre lo didáctico y lo ficcional han llegado a diluirse. Incluso en nuestros días, el artículo periodístico –por hablar de una forma simple– presenta en muchos de sus cultivadores un alto grado de intención artística.¹⁶

Lo anterior aparece reiteradamente en las crónicas/ensayos de Tejada, donde los límites entre poesía, ensayo y crónica son difusos.

Por otra parte, la reacción del poeta Vidales frente al género de la obra de Tejada es enfática y está acompañada por una furia amena que siempre ha despertado en mí una sonrisa de íntima complicidad. Repaso brevemente esos énfasis. Dice Vidales: “No hay en la literatura de aplicación periodística del ciclo en que Luis Tejada se expresa,

nada entre los cronistas de habla castellana [...] que se le parezca ni remotamente”.¹⁷ También se refiere a las “mal llamadas crónicas” e insiste:

He dicho que la palabra “crónica”, como designó Tejada sus producciones y como se suelen catalogar estas, no responde a la evaluación que hoy estamos en capacidad de hacer de esa obra, y es una subestimación, por tanto, de la misma. [...] las crónicas de Tejada aparecen cada vez más puras, más vivaces, más alta poesía, más actuales y futuras y menos crónicas...¹⁸

Y termina concluyendo con soberbia sincera:

Por virtud de la esencia de cuanto escribió, su obra se sitúa en un plano de perennidad en el que el comején del tiempo no actúa. Me refiero al plano de la poesía, que es la única de las creaciones del ingenio humano que responde a cualidades implícitas del temperamento [...], sin ayuda de materiales externos o de la muletería de las fuentes, documentos u otros papeles que requieren todas las otras manifestaciones de la labor intelectual.¹⁹

Una última conclusión que se suma al barullo general la emite Galán Casanova, quien no se resiste a glosar a Cobo Borda al describir la conformación híbrida de esos textos:

El valor literario de las crónicas de Tejada radica en su capacidad de condensar con fortuna cualidades propias de modalidades tan diversas como la narrativa, la poesía, el artículo periodístico o la crítica. La libertad que establece la crónica como género a medio camino entre el periodismo y la literatura impide que alguna de estas tendencias se apodere del texto, ajustándolo a sus convenciones específicas.²⁰

La ambigüedad del género es, pues, una característica inherente a las crónicas/en-

sayos/poemas/textos/comentarios/notas breves escritas por Tejada hace noventa años. En ellas aparecen, sin embargo, varias declaraciones sobre sus intenciones y aspiraciones literarias; quizás en ellas se encuentre un hilo para salir de este laberinto en el que voluntariamente me he extraviado.

[...]

Referencias

- 1, 2, 8, 9, 10, 11, 13, 14 Cobo Borda, J. G. (1977). Prólogo en Tejada, L., *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 15, 17, 20, 19, 13, 26, 22.
- 3, 4, 20 Galán Casanova, J. (1993). Luis Tejada: crítica crónica en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Ángel Arango, 30 (33), pp. 42, 45, 69.
- 5 Tejada, L. (1977). El resucitado en *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, p. 119.
- 6 Zalamea, J. Testimonio [1924] en Tejada, L. (1977). *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, p. 398.
- 7 Tejada, L. (1977). Diatriba de la ironía en *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, p. 169.
- 12, 17, 18, 19 Vidales, L. Testimonio [1976] en Tejada, L. (1977). *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 410, 411.
- 15, 16 García Berrío, A. y Huerta Calvo, J. (1995). *Los géneros literarios: sistema e historia*, Cátedra, pp. 224, 218.

Fragmento del artículo publicado en la *Revista Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 16, n. ° 2, jul. - dic. 2014, Universidad Nacional de Colombia, pp. 59-88. Disponible en: <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51577>.

Santiago Gallego ha trabajado como profesor, corrector de textos, editor y escritor. Actualmente se dedica a la charcutería EL SOBRINO (@elsobrinocharcuteria), donde creó la tapetusa TEJADA en honor al escritor antioqueño: una tapetusa “cordial, fraternal, sencilla”.

Las muchachas de Luis Tejada

Maryluz Vallejo

Al cumplirse cien años de su muerte honramos al llamado Príncipe de los cronistas, el antioqueño Luis Tejada, que hizo de la crónica un juguete poético para desarmar a punta de paradojas, ironía, metáforas audaces y aforismos con la filosofía de andar por casa, preferiblemente echado en la hamaca desde donde lanzaba cargas de profundidad a cuentagotas de tinta. Esta relectura desvela el universo femenino del escritor, diminuto en el conjunto de su obra, pero significativo.

24

Pocas mujeres aparecen en el repertorio cronístico de Luis Tejada, que sobrepasa el medio millar de columnas en sus escasos años de vida periodística (1917-1924), y podrían clasificarse en tres grupos: las luminarias que eclipsaron su atención, las que hicieron parte de sus círculos cotidianos y las parientes cercanas, a saber: la venerable actriz Sarah Bernhard, recién muerta en París; la también actriz española Alejandrina Caro, que el artista vio actuar en el Teatro Bolívar de Medellín; la bailarina clásica Norka Rouskaya, que se presentó en el Teatro Colón y lo llevó a exaltar la expresión más sublime del movimiento; la chilena Gabriela Mistral, a quien calificó de “el gran poeta de América” (no poetisa, que era la denominación a la usanza); la cantante española Paquita Escibano y la reina de Egipto, Cleopatra, que para él no fue una simple “hembra voluptuosa” ya que tenía el alma fría de un gran político.

En la galería de conocidas figuran Sofía Olano, pero solo porque se iba a desposar con su amigo Joaquín Cano, y Alejandrina, la pitonisa de la calle 22, que aun mugrienta y desdentada estaba en boga entre las clases altas, y hasta una cuadrilla de mujeres delincuentes, atractivas y elegan-

tes, que tenían azotados a los transeúntes y comerciantes de Bogotá, si bien el cronista justifica la delincuencia femenina por la falta de trabajo y de salarios dignos. Entre la parentela están: su madre Isabel Cano (hija de Rodolfo, primo de Fidel, fundador de *El Espectador*); su hermana Belica; su prima, la artista Lucy Tejada, y sus tías maternas, residentes en Medellín, de las cuales María Cano sería “Flor del trabajo” en 1925 cuando ya el sobrino era flor de cementerio.

En general, su percepción estereotipada de la mujer no distaba del espíritu machista de la época, aunque en las soflamas revolucionarias que caracterizaron la última etapa de su producción reclamó para ellas los mismos derechos ciudadanos de los que gozaban los hombres. El último año de su vida se ocupó del salario de la mujer en solidaridad con las obreras de una fábrica de fósforos de Bogotá que entraron a huelga. Así mismo, replicó el llamado de la líder del sufragismo femenino norteamericano, la señora Chatman, a las mujeres suramericanas y aplaudió los proyectos legislativos que se estaban debatiendo en Argentina y Uruguay, a esas alturas de 1923, mientras en el resto de América las mujeres seguían prácticamente en condición de esclavitud.

Quizás ese interés por las mujeres inteligentes y reivindicativas lo despertó su esposa, Julieta Gaviria, quien le “encendió los sesos” y lo llevó a descubrir ese insospechado universo femenino que había retratado con cierto menosprecio. Así lo hizo cuando habló de las “pálidas vírgenes de la ciudad” que adquirirían trenzas rubias o negras importadas, que se habían puesto de moda, para que se deslizaran sobre sus senos; “trenzas falaces” –las llama–, que engañaban a los soñadores. Antes de conocer a su novia Julieta se regodeaba con las veleidades románticas y no dejaba de admirar al sexo opuesto, que juzgaba como deliciosamente caprichoso e ingenuo.

En varias crónicas de su primera época, 1917, comparte unos supuestos requiebros amorosos, que al estar narrados en tono festivo e irónico delatan la impostura del joven enamorado. En la titulada “Las muchachas bonitas y el suicidio” sostiene que “una mujercita bonita, adorable y perversa puede empujarlo a uno a cometer una calaverada mayúscula”. Y con su razonamiento zumbón acusa a las mujeres de ser causantes de muchas desgracias. En concreto se refiere a una chica con ojos de gitana que le robó el corazón, pero luego se enteró de que tenía ¡dos novios!, algo impensable en Pereira. En otra crónica demuestra que el amor es ciego porque se prendó de una “forasterita”, a la que describió ‘en dos plumadas’ así: “es un poquito flacucha y fea, poco más o menos como una escoba vieja; tiene unos ojos atormentadores de vaca agonizante y unos dientes blancos y pulidos de caimán neurasténico [...]”. Y sigue ridiculizando a la pobre criatura, que para colmo se llamaba Casimira, unas líneas más hasta llegar al caminado: “grandes zancadas, como un caballo flaco”.

Pero el poeta de las cosas pequeñas y la poética mayúscula, pertinaz observador del microcosmos femenino, cambia el tono burlesco cuando habla de una pálida muchacha, con los zapatos gastados, que vio mirando embelesada el escaparate de un almacén en la Calle Real. El cronista revolucionario se conmueve ante la imposibilidad de que “*Esa pobre niña*” pudiera comprar alguna de las prendas exhibidas.

“Para que una mujer sea verdaderamente bella debe ser un poco fea”, escribió Tejada con su humor paradójico, más cercano al platonismo que al cinismo, y por ello no dudó en destronar a la Venus de Milo cuya belleza perfecta le horrorizaba. Incluso, en un elogio que le hace al poeta José Asunción Silva insiste en que la belleza no es una cualidad eterna sino circunstancial y por ello la venus mencionada ya no era bella, o al menos no apasionaba.

En su minuciosa exploración filosófica de temas fútiles escribió sobre “El descote”. Según su apotegma, cuando se normalizara mataría la curiosidad en los hombres porque

una mujer inquieta más y es tanto más sensual, cuando más vestida vaya. ¿No habéis sentido nunca el influjo turbador de esas mujeres herméticas, que llevan un velo espeso sobre la faz y las misteriosas manos enguantadas?

Para mayor sorpresa, Tejada se refirió al arte de arreglarse las uñas de los pies y de las manos, válido para los dos géneros, pero recomienda en particular a las féminas mantenerlas cuidadas y traslúcidas para atraer la felicidad. Con la misma vehemencia condenaba a las mujeres que cometían el crimen de “cortarse el cabello alrededor



Germán Benjumea, Sin título, xilografía, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

de la nuca" (desconociendo que el corte a lo *garçon* se imponía).

Haciendo uso de la paradoja, su recurso supremo, escribió en "Sobre el amor y la belleza" que las mujeres bellas no necesariamente eran amadas mientras había feas que inspiraban grandes pasiones, y que las mujeres ingeniosas siempre tenían más

amigos que amantes porque la belleza y el ingenio no eran cualidades absolutamente indispensables para suscitar el amor. Todo para concluir que una mujer puede ser fea, pero si tiene "magnetismo sexual", o sea, una "indefinible racha erótica" triunfará en el amor: "experimentamos casi un choque al mirarlas a los ojos o al rozarles la piel con nuestros dedos" (frase que habrá causado

sofocos entre los y las lectoras). Y agrega con tono sentencioso:

Hasta ahora hemos medido inconscientemente el valor de la mujer por su belleza o su inteligencia, pero ya creo que deberíamos medirlo tomando más bien como base esa “capacidad de amar”, cualidad que se me hace a mí extraordinariamente preciosa.

En esa misma vena psicológica renegó Tejada en “Los retratos” de las fotografías que congelaban la gracia, el espíritu y la belleza de las mujeres amadas. Y va esta oda exaltada:

Ah, el movimiento tiene en ciertas mujeres un sentido místico y recóndito, un no sé qué trascendente que las incorpora más visiblemente que a todos los otros seres al ritmo del mundo, que hace sensibles en ellas de un modo singular la armonía inefable del Universo.

Ese movimiento volvió a ser tema en “La bailarina”, “la muchacha fea, con una feúra verdadera y doliente, que le granjeaba el desprecio de los hombres”. Pero una vez subida en las tablas del café se transformaba al punto de parecer arrancada de un cuadro alucinante de Degas, “porque el movimiento vivifica y hermosea la materia”.

Hay que abonarle a Tejada, el descreído del amor, el largo viaje que se echó a caballo hasta Pereira para casarse el 6 de septiembre de 1922 con su novia y llevarla a vivir a Bogotá, a una pensión misérrima en el centro, epicentro de la bohemia. Él, que había renegado del vínculo conyugal en varias crónicas y que se mofó de su ídolo Anatole France y de su amigo José Mar por haber contraído matrimonio –como se contrae un virus–, mudó de parecer para convertirse en el marido más devoto. Por su parte, Julieta Gaviria, además de ser musa, se vol-

vió su secretaria, la que copiaba los textos al dictado porque a él le daba pereza sentarse a escribir y despegar la mano de su pipa. Parecida pipa a la adherida a la boca de Luis Vidales, carnal de Tejada desde que se cruzaron en la calle y el cronista supo que el poeta era primo hermano de su esposa.

Julieta, a quien admiró por su talento y su fuerza, y en quien debió intuir esa “indefinible racha erótica”, derrumbó sus prejuicios machistas y el amor sobrevivió a no pocas pruebas en el breve tiempo que vivieron juntos. Primero, la de la pobreza franciscana, con varios meses de arriendo atrasados, algunas veces sin dinero para comer ni para tabaco, pero ellos distraían sus afugias conversando. Segundo, la pérdida de su primogénito, que esperaban con emoción, pero nació muerto. Meses después, Tejada falleció en Girardot, a los 26 años, de tuberculosis y de poesía “como la poeta Marie Barkischeff” –al decir de Eduardo Caballero Calderón– y Julieta reviviría el luto. Agonizante, la eterna viuda le dijo a Adel López Gómez, amigo de la entraña, que esos dos años con Luis Tejada fueron los más venturosos de su vida. A su muerte, ocurrida en 1946 en Cartago, podrían haberle puesto este epitafio tejadiano: “Quedé empezada”.

Maryluz Vallejo. Periodista cultural, investigadora y escritora. Comunicadora social y periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana y doctora en Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Profesora de periodismo en las universidades de Antioquia y Javeriana. Ha publicado *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia 1880–1980*, *Xenofobia al rojo vivo en Colombia* y *Eduardo Santos. Estrictamente confidencial*, entre otros.

Una nueva gramática

John Galán Casanova



Álvaro Agudelo, Sin título, grabado, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

28

El año pasado [se refiere a 1997], en una de sus esporádicas intervenciones desde la Universidad de Guadalajara, en México, García Márquez lanzó al mundo hispano la propuesta de suprimir algunas letras del alfabeto con el propósito de unificar y simplificar la escritura. Entre otras cosas, proponía unificar el uso de la “b” y la “v”, remplazar la “g” por la “j” en los casos en que sonara como esta última y recomendaba desaparecer la humilde “h”.

Los cables internacionales se encargaron de transmitir la noticia como chiva de la semana: García Márquez pretendía recortarle unas teclas de sobra a nuestro querido idioma. Muchos picaron el anzuelo del travieso patriarca: noticieros, prensa escrita, columnistas que quisieron ensayar cómo quedaría la lengua aplicándole la tijera de Gabo: “boy a escribir este artículo sigiendo las normas que se impondrían para el castellano si ocurriera el milagro de que la Real

Academia aceptara las sujerencias –afirmó Éctor Abad F, en *Cromos*–. Aunque se bea raro, será mejor que nos bayamos acostumbando, por si el milagro se produce”.¹

El milagro no se produjo. A la semana siguiente nadie volvió a retomar el asunto: Éctor Abad firmó de nuevo Héctor y en la cuadrilla de correctores de pruebas de García Márquez respiraron tranquilos pues no habría necesidad de aplicar o memorizar ninguna nueva norma lingüística para futuras ediciones de *Cien años de soledad*.

Traigo a cuento lo anterior pensando en “La gramática y la revolución”, uno de tantos polémicos e interesantes artículos escritos por Luis Tejada a comienzos de los años 20 en *El Espectador*. En este texto, creado para responder a las quejas de Marco Fidel Suárez sobre la falta de gramaticalidad en los jóvenes, Tejada aprovechó para presentar sus opiniones acerca de la juventud y la literatura colombianas del momento, y acerca de los nexos que veía entre la revolución social y la subversión de la gramática:

No puede eliminar la gramática una generación que no tiene ideas nuevas, ni experimenta sensaciones nuevas; porque toda conjunción imprevista de palabras, que se salga de los moldes gramaticales, significa la existencia de una idea nueva, o al menos, acusa una percepción original de la vida, de las cosas. Por eso en las épocas de intensa agitación espiritual, en los momentos de revolución, cuando todo se subvierte o se destruye, la gramática salta hecha pedazos, junto con las instituciones milenarias.²

Según se desprende de las afirmaciones del joven cronista antioqueño, muerto antes de cumplir los 27 años, para llegar a transformar y trastocar la gramática de una lengua se requiere algo más que ligeros devaneos reformistas. Hace falta estar en pugna, fraguar una revuelta contra el lenguaje establecido, volverse contra él, burlarlo, dislocarlo. Así lo sentía Tejada, y para corroborar su opinión citaba un ejemplo que por su actualidad tenía que resultarle muy sugestivo: el de los poetas futuristas rusos (Blok, Esénin, Mayakovsky), los cuales, sostenía el cronista, habían “eliminado totalmente la ortografía clásica y la gramática de la época zarista”.

Contemporáneo de los movimientos de vanguardia europeos, y partícipe distante de su espíritu iconoclasta y renovador, Tejada emprendió en Colombia una labor de revaluación crítica que puso en entredicho a varias de quienes se consideraban como las máximas autoridades literarias del momento: Marco Fidel Suárez, Antonio Gómez Restrepo, Guillermo Valencia, Tomás Rueda Vargas. De este conjunto no se salvó ni siquiera Rubén Darío, padre del modernismo, a quien Tejada terminó despachando con un rotundo “que en paz descanse”.³

Así mismo, Tejada estuvo a la cabeza de esa breve aventura que llevaron a cabo Los Arquilókidas (1922), en cuyos manifiestos execraron, entre otros, a los veteranos académicos de la lengua: “Tiene esta solicitud el objeto de conocer los nombres de los individuos que componen ese asilo de inválidos mentales, muchos de los cuales serán empalados y estrangulados sin misericordia”.⁴

¿Qué pasó con estos amagos iconoclastas?
¿Por qué no se concretó aquí un vigoroso

movimiento de vanguardia, como sucedió en otros países latinoamericanos? Podría repetirse lo ya dicho: la rebelión artística se esfumó junto con las intenciones de emprender la revolución social. Tarde o temprano, Los Arquilókidas entrarían a usufructuar el poder que habían cuestionado; igual ocurrió con Los Nuevos: todos fueron entrando en la yunta, excepción hecha de Vidales, Zamea, Rendón y De Greiff. Como afirma uno de los biógrafos de Tejada, “todo aquello fue una obsesión transitoria por cuestionar un orden moral que asfixiaba su también pasajero afán de innovación. Después vendría la claudicación, es decir, la aceptación del mundo ético que habían rechazado”.⁵

Debido a su temprana desaparición en 1924, este fue un asunto que Tejada no llegó a presenciar. No obstante, la profundidad de su crítica crónica, sumada al aura de leyenda que queda flotando tras cada muerte juvenil, hacen que hoy en día su lectura nos resulte una estimulante y provocadora lección de anticonformismo. En un texto de 1920, escrito para responder a su colega Luis Bernal –seudónimo de José Rafael Muñoz–, quien le reprochaba su “insuperable afán de contradecir”, Tejada justifica la necesidad de su carácter rebelde:

Una generación no empieza a ser ella misma, no se constituye en entidad independiente y creadora sino cuando encuentra deficiente, inadecuado y controvertible lo que realizó la generación anterior. Bien sé que nosotros no obramos así, aquí, en esta tierra quieta y fetichista: eso da la medida de nuestra incapacidad creadora y de nuestro ínfimo espíritu de contradicción.⁶

Pese a que este año [1989] se cumple un siglo del nacimiento de Tejada, en esta oportunidad las entidades culturales no se han precipitado a asignar los consabidos recur-

sos para la conmemoración. Se les dio mayor realce a los centenarios de sus amigos, el caricaturista Ricardo Rendón (1994) y el poeta León de Greiff (1995), lo cual indica que sobre la memoria del cronista aún no cae el pesado manto de la consagración oficial.

En cierto sentido el país que fustigó sigue siendo muy similar: en el contexto artístico y periodístico la incidencia de la juventud es francamente discreta, y si a los veinticuatro años Tejada era proclamado como “Príncipe de los cronistas colombianos” y se afianzaba como uno de los editorialistas más leídos e influyentes de la época, hoy debemos constatar que en ninguno de los grandes periódicos figuran columnistas de opinión menores de treinta; los mayores tienen la sartén por el mango y los jóvenes continúan en lo suyo, pasando desapercibidos.

En general, nuestro medio editorial da la sensación de pasar por un período próspero y boyante, en los supermercados las nuevas publicaciones comparten estantería con la prensa tradicional y las revistas de farándula, y los intelectuales de moda se mantienen muy ocupados participando en seminarios, lanzamientos, cocteles, coloquios y reuniones de la sociedad civil. Ante panorama tan profuso y difícil de sopesar, en el que mucho brilla, pero se nos escapa, hace falta una corriente de señalamiento, provocación y difusión crítica como la que Tejada mismo alcanzó a ejercer. La subversión de la gramática con la que él soñaba sigue siendo una puerta abierta. Naturalmente, las combinaciones inéditas de palabras y los versos descoyuntados que solicitaba en sus artículos “no están catalogados en los textos ni estereotipados en el lenguaje tradicional”. Habría que extraerlos

–como lo señaló Rimbaud en su “Alquimia del verbo”– de los letreros, los grabados populares, los libros eróticos sin ortografía, las novelas de los abuelos, los libritos infantiles, las óperas viejas, los estribillos tontos, los ritmos ingenuos. Y también, remitiéndonos a nuestra época, del cine, los grafitis, los diarios adolescentes, la música popular, la ciencia ficción, la poesía ignorada y olvidada, el *spanglish* o los símbolos de internet.

Cerremos esta evocación del fugaz cronista y crítico de los años 20 recordando palabras de la carta de condolencia que su tía María Cano envió a la viuda, Julieta Gaviria, siete días después de fallecer Tejada en Girardot: “Se nos fue Luis. Se fue con todo nuestro amor, con nuestra alegría, con la luz de nuestra vida”.⁷

Referencias

- ¹ Abad Faciolince, H. (1997). Revista *Cromos*, abril 14.
- ^{2,3} Tejada, L. (1977). La gramática y la revolución y Rubén Darío, R.I.P. en *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura.
- ^{4,5} Loaiza Cano, G. (1993). Los Arquilókidas en *Revista Universidad de Antioquia*, 233, julio-septiembre, Universidad de Antioquia.
- ⁶ Tejada, L. (1989). Elogio del espíritu de contradicción en *Mesa de redacción*, Editorial Universidad de Antioquia – Biblioteca Pública Piloto.
- ⁷ Loaiza Cano, L. (1995). *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*, Colcultura.

John Galán Casanova. Poeta, ensayista, traductor y profesor universitario. Es autor de libros de poesía y ensayo, de antologías y traducciones. Algunos de ellos son: *Árbol talado*, *LI poemas para Li*, *El inmortal* y *Luis Tejada. Vida breve, crítica crónica*. Este texto se publicó en el *Magazín Dominical* de *El Espectador*, el 4 de octubre de 1998.

Cómo nos hicimos comunistas

Luis Vidales

Por el año veinte el único café que existía en Bogotá era El Windsor. Era aquel un típico café de una ciudad feudal. Así como no existía sino un café, solo había tres bancos, el Colombia, el Central y el Bogotá. La capital era una aldea. La chistera y el levitón no habían aún desaparecido. Las mujeres usaban la mantilla y no había para qué pensar en que alguna, así fuese la más innovadora, tocase su cabeza con la pastora que vino después a complementar la nueva silueta femenina. Vestir de color hubiese sido un signo de rastacuerismo; todo el mundo se ataviaba de negro. El tranvía de mulas, con su tintineo, su tropel de cascos y los silbidos característicos del postillón, pasaba por la Calle Real como una verdadera arriería metida entre rieles. La plaza de Bolívar, todavía empedrada, era la estación principal de los coches de punto. Allí, sobre el pescante de las victorias y las berlinas, los cocheros, de chistera y casaca, cabecaban con sus largos látigos en la mano, como practicando el rito de una pesca imposible, según decía Tejada. No había entonces un solo automóvil de servicio público. En la calle 13, entre carreras Séptima y Tercera, entre El Windsor y el caserón colonial de los correos, los chalanos hacían caracolear los magníficos caballos traídos de las haciendas de la sabana. Aquel trayecto de ochenta metros escasos era lo que hoy es la esquina de la carrera Octava con la calle 14. El vértice de la vida bursátil. Solo que entonces no había bolsa negra. Todos los negocios de la economía de aquel tiempo (venta de bestias, de cosechas, transacciones de índole campestre) tenían su mercado libre en este

sector. Y en El Windsor, naturalmente, se festejaba el cierre de los negocios. Generalmente, en torno al café tinto, al que tanto le debe la economía nacional, se verificaban estos lazos de unión que luego se sellaban con el famoso brandy Hennessy tres estrellas, compañero de los triunfos durante las guerras civiles en Colombia. Era el licor chic, en todas nuestras aldeas. El whisky no había aparecido todavía.

En aquel ambiente del Windsor, al lado de los hacendados y los negociantes comenzó a aparecer un nuevo tipo de hombres. Empezaron a ocupar diariamente las mesitas, sin acuerdo previo, sin una reunión anterior por medio de la cual se declarara fundada, con estatutos y reglamento, la nueva generación colombiana. Iban apareciendo allí nuevas caras, trayendo el aporte de su propio mensaje, y sin saberse cómo ni cuándo quedó establecida una nueva generación colombiana, sin mensajes ni manifiesto al país, movida indudablemente por la misma fuerza espontánea que le quitaba al país su cáscara del siglo XIX y lo incorporaba, al transformarlo en el XX, que llegaba retrasado a Colombia, en todos los órdenes.

Indudablemente, algunos factores –que nada tenían que ver con la transformación que se operaba en Colombia– contribuyeron a aproximarnos unos a otros. Carlos Pellicer, el poeta mexicano, había sido enviado a estudiar en Colombia por la Federación de Estudiantes de México, en un rasgo de aproximación americanista, que por supuesto a nosotros se nos hacía in-

sólito y que quedó sin reciprocidad como era lógico que ocurriera en el ambiente de un gobierno conservador que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Pellicer. Entre los estudiantes desorganizados y sin aspiraciones, el significado de la presencia de Pellicer entre nosotros pasó igualmente inadvertido, de modo que su misión tuvo su cabal cumplimiento entre los grupos de intelectuales que por entonces comenzaban a aparecer en Colombia. Pellicer, naturalmente, no nos influenciaba con su poesía porque él se hallaba en el mismo período de iniciación que nosotros.

Pero sus habitaciones, en el tercer piso del edificio Liévano, fueron, antes que El Windsor, nuestro lugar de reunión habitual, cuando Tejada aún no había llegado a la capital. Allí sellamos amistad con León de Greiff, Rafael Maya y Rafael Jaramillo Arango, que ya tenían obra y habían publicado versos. Con Germán Pardo García, Pérez Amaya y Octavio Amórtegui. Con José Enrique Gaviria y Alejandro Navas, Rafael Vásquez, José Silva y yo íbamos ligados por una indisoluble amistad. De esa misma época data la amistad de algunos de nosotros con el poeta Eduardo López, que ya por entonces había escrito unos de sus más populares versos. Eduardo López editaba por esa época su famosa e insuperable obra *Almanaque de los hechos colombianos*, que recogía en no menos de dos mil páginas un verdadero compendio de la república en todas sus actividades. Y allí nos publicó Eduardo López a Rafael Vásquez y a mí nuestras primeras producciones poéticas. Era aquel para mí un período primerizo en que difícilmente me debatía con la influencia parnasiana. Recuerdo que mi publicación en el *Almanaque* era un soneto alejandrino intitulado “Cleopatra”, en el cual, como es lógico, figuraban la trirreme

y Marco Antonio, y en el que sostenía muy heredianamente que las palmas de la mano de la egipcia llevaban en la M la inicial del amante latino.

Tejada llegó a Bogotá ya bien avanzados los fenómenos que nos arrojaban por los caminos de una nueva promoción de literatos y artistas, aunque es bueno advertir que de esos profundos hechos no nos dábamos cuenta, y solo ahora se nos presentan con la claridad que jamás tuvieron para nosotros. Nada sabíamos de la conexión existente entre el palpitar angustioso del mundo de la postguerra y nuestra aparición en la escena colombiana. Aún hoy mismo no ha sido estudiado en qué forma aquel período de ansiedad universal vino a perturbar la tranquilidad de muerte de la vida nacional, arremansada en siglos pretéritos. Aún hoy mismo no se han analizado esos resortes ocultos que sacaron al país de su marasmo y lo colocaron desde entonces en la línea de progreso que lo llevó a la transformación política del año treinta. Pero nosotros (hoy lo comprendemos) veníamos como nuncios de esos hechos. Fuimos la generación que, a pesar de carecer del idioma político apropiado, vaticinamos con nuestra sola actitud de iconoclasticismo literario la ruina de la Hegemonía. Quizá ninguno de nosotros hubiera podido explicar en qué momento los fenómenos de la postguerra nos colocaban ante una tarea que solamente podíamos resolver en el campo estrictamente literario.

A raíz de la clausura de la guerra, el país adquirió, como otros, una importancia de mercado para el reinicio de la producción industrial de los pueblos avanzados que necesitaban expandir su radio de acción económica, en previsión de la crisis, que al fin llegó, señalada por vastos sobrantes de mercancías. Fue entonces cuando llega-



Álvaro Agudelo, Sin título, grabado, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

ron, en equipos de ferrocarriles y en instrumental para carreteras, no menos que en pianolas, en ortofónicas y en toda clase de chucherías, los veinticinco millones de indemnización por Panamá. Fue entonces cuando se abrieron infinidad de bancos y algunas de las principales industrias, especialmente las textiles. El país se puso en marcha. La actividad nacional se multiplicó y se diversificó. El trabajo tomó nuevos cauces; infinidad de labriegos convertidos en peones de carretera y de ferrocarril comenzaron a buscar en las ciudades las oportunidades de absorción de su trabajo atraídos por los salarios urbanos y ya para siempre zafados de la órbita del campo que eternamente los había constreñido a salarios de hambre. Los problemas sociales comenzaron a cobrar volumen en el país. La intranquilidad social, las huelgas, iniciaron su labor invisible de socavamiento del viejo angarillaje feudal de la Hegemonía. Con todas las dificultades presentadas por las circunstancias; con la inmadurez de nuestros procesos acumulativos; con las limitaciones e interferencias que se quiera, pero allí había ya dos economías en pugna, la una gastada e incapaz de la campiña, y la otra más avanzada, más liberal, en las ciudades y en las obras públicas. Y ese fue, indudablemente, el telón de fondo sobre el cual se proyectó la actividad de nuestra generación, la misma que ahora está llegando al poder.

Cuando Tejada vino a Bogotá, ya traía ese característico sello de vagabundaje que lo hacía pasar absorto por la Calle Real, como si en vez de casas y gente hubiera allí palmeras, y en vez de Calle Real hubiese allí un camino real. Era un hombre rodeado de paisaje por todos los lados, y en sus ademanes y en su andar se sentía la presencia de parajes arbolados y rumorantes ríos. Ya

por entonces Tejada tenía ese chaplinismo inconfundible de hombre que había pasado por muchos apuros y por muchos horizontes. Iba siempre con los pantalones de pasar el río. Cuando yo le conocí, ya era el expulsado de la Normal de Medellín, ya había sido polizón en los barcos del río Magdalena, ya había escrito sus “Gotas de tinta” en algún periódico de la capital antioqueña, ya había estado de aventura y bronca por la costa Atlántica y ya había visto la llamita fulgurante de los revólveres rastrillados en la oscuridad de la noche, de que habló después en una de sus crónicas.

Ya estaba instalado en *El Espectador* de Bogotá, ya había descubierto el calor de los periódicos, que recomendó siempre como lecho insustituible para el abrigo nocturno, y ya había hecho el invento de los cigarros de hojas de eucaliptus, que elaboraba bajo los árboles del parque del Centenario, y que fumaba con delectante y ensoñadora actitud, sosteniendo que todo estaba en la naturaleza al alcance de la mano y que era absurdo creer que se necesitaba dinero para vivir. Ya era el filósofo y el teórico de todas las cosas habidas y por haber que fue la característica central de Tejada.

Confieso que cuando le vi la primera vez sentí cierta repulsión hacia su facha estrambótica. Iba arrebujado en un abrigo negro, con el brazo izquierdo colgado de un pañuelo, también negro, de cuyo trapecio salía, no una mano, sino un atado de trapos. El gran tirolés negro, tragado hasta los ojos, no conseguía cubrir del todo los vendajes que le ceñían la frente y le cruzaban el ojo izquierdo. Acababa de salir de la clínica. Unos carniceros lo habían atacado una noche de juerga, por haberse interpuesto para defender a un amigo, y lo habían dejado tendido en el suelo, completamente tasa-

jeado a cuchillo. Jamás se le oyó la menor recriminación contra sus amigos ni contra sus atacantes.

Al día siguiente de mi primer encuentro con él, estaba yo sentado a mi mesa en El Windsor, cuando vi entrar a Tejada. Pensé que la presentación fugacísima del día anterior y mi ninguna prestancia intelectual, pues yo estaba inédito y él no conocía mis versos, no le permitirían saludarme con deferencia, y fingí no verlo. Pero Tejada se llegó hasta mi mesa y me saludó con el cariño y la familiaridad más asombrosos, como si hiciera años que alimentáramos la más perfecta amistad. Su naturalidad desarmó mi aprensión. Esa fue la primera admiración que me causó este hombre, y desde entonces la más profunda y noble amistad nos envolvió hasta su muerte.

Tejada tenía un poder magnético enorme. De su ser emanaba un fluido atrayente, verdaderamente maravilloso. Una atmósfera casi tangible lo circundaba y dentro de ella quedaban como alelados los que se hallaban en torno. Hacia él refluían, completamente absortas y como desarmadas, las personalidades de todos, sin esfuerzo ninguno, como un placer que se reflejaba en los rostros. No era una tiranía lo que ejercía. No era la fuerza, casi siempre tirante, del líder; el dominio violento del jefe. Era una suave onda, una luz amable, brillante y cálida, que lo conducía a uno a estar pendiente de él, de su extraordinaria palabra, de su discurrir por un mundo de esféricas formas, de amor, entre todas las cosas, de exactitud, de misterio, de humor y de inmemorial sencillez a un mismo tiempo, que él iba pintando como si se tratara de un sueño con los ojos abiertos. Él era el centro de nuestra generación, el jefe nato, nuestro núcleo rumorante e inquieto.

Pocos días después de haberse iniciado nuestra amistad, Tejada desapareció de Bogotá. Había ido a casarse. Me dijeron que con una muchacha Gaviria Jaramillo, de Pereira, hija de don Juan y de doña Dolores. Para mí, aquello era una coincidencia, entre extraña y curiosa. Cuando, ya de regreso, me lo encontré en el café, le ofrecí visita y le envié saludos a su esposa. Tejada me miró con cierta sorpresa, como quien no veía bases en mi modo de ser para esta clase de cumplidos sociales. Se habían hospedado en un hotel de la calle 12, arriba de la Séptima. Cuando me oyó tutear y estrechar efusivamente a Julieta, su asombro fue aún mayor. Los dos le explicamos los vínculos de familia que nos unían. Y esto contribuyó a hacer más fuerte mi unión con Tejada. Tejada era mi pariente lejano por lo Córdoba y Julieta lo era más próxima por la rama de los Jaramillos; de modo que el traslado a mi casa paterna, que yo les propuse, era una cosa lógica. Allí vivieron dos años.

Fue esta la época de *El Sol*, periódico que tenía por directores a Luis Tejada y José Mar, y que se editaba en una imprenta situada en la planta baja del edificio Montaña, frente a la plaza de mercado de Las Nieves. Este periódico, cuatro años anterior a la revista de Los Nuevos, fue el primer órgano de la nueva generación colombiana. Allí aparecimos algunos de los poetas y escritores que después, ya muerto Tejada, hicimos parte de la agrupación de Los Nuevos. El periódico de *El Sol*, que no tuvo una vida larga, fue también el período socialista de Luis Tejada. Era un socialismo que no se atrevía a separarse del Partido Liberal y que encontraba asidero para esta actitud en el propio pensamiento de Benjamín Herrera, para quien el socialismo, como lo dijo públicamente en varias ocasiones, era algo consubstancial con la entraña misma del

liberalismo colombiano. Tejada no estaba muy convencido de ello; él creía que era necesaria la aparición de un partido independiente, pero aceptaba de buen grado la simpatía que Herrera mostraba por el periódico, y la deferente atención que el gran caudillo ofrecía al movimiento juvenil que pugnaba por cristalizar en *El Sol*. No fueron pocas las veces que vimos al general Herrera preferirnos en el trato frente a líderes connotados del liberalismo, y en una o dos ocasiones su interés por nosotros se mostró en ayuda monetaria para el periódico. De aquella época, guardo todavía como recuerdo imborrable la figura magnífica de este extraordinario ejemplar humano, poderoso y terrible, inmovible y como tallado en piedra berroqueña, ante el cual los grandes se veían pequeños. Herrera era un hombre de tan acendrado dominio, de una tan increíble concreción de personalidad, que más que un hombre parecía un mito. Lo primero que se sentía ante Herrera, por reflejo, era el orgullo de ser colombiano, porque en él se hacía tangible la comprensión de un pueblo grande hoy y mañana y siempre. Pueblo que produce esta clase de hombres es un gran pueblo. Tejada y yo siempre andábamos juntos, lo que hacía que nuestros amigos me llamaran "*l'enfant gâté*" de Tejada. Por las tardes siempre nos citábamos para irnos a casa. Él trabajaba en *El Espectador* y yo en el Banco de Londres. Una tarde, mientras yo lo esperaba en la esquina de la 14 con la Séptima, salió del periódico y se vino precipitadamente a mi encuentro, diciéndome sin saludarme: "Aquí en esta casa está en este momento un ruso que quiere hablar con nosotros. Ahí hay una reunión de obreros liberales, que lo han citado para que los oriente sobre la posición de los trabajadores en las próximas elecciones. Subamos. Cuando termine nos vamos con él y charlamos. Esto puede

ser muy interesante". La casa de que hablaba Tejada era la misma en que hoy está La Cigarra. El ruso no era otro que Silvestre Sawinsky.

Sawinsky vivía en la vieja y amplia casa que queda inmediatamente después de lo que hoy es la plaza de San Martín hacia el norte. Allí entramos. Recuerdo que en el vasto corredor nos llamó la atención ver numerosos cueros colgados, y Sawinsky nos dijo que se había dedicado a la curtiembre, para ganarse la vida. Nos presentó a su esposa y nos instalamos en la amplia sala ante una gran mesa, cubierta con una gruesa tela de terciopelo verde, y sobre la cual un caparazón de tortuga con una caja de metal incrustada servía de cenicero de agua. Pronto comenzamos a menudear las tazas de té, de las cuales tomamos como diez, a la manera rusa, mientras planeábamos el nuevo partido. Como a las nueve de la noche salimos de allí, después de haber dejado un cerro de colillas dentro del recipiente de la tortuga. Habíamos trazado el esquema para la formación del Partido Comunista en Colombia. Llevábamos la lista de los nuestros, que se redactó de mi puño y letra, y a la cual habíamos agregado algunos nombres que juzgábamos adictos a nuestra causa, entre otros, Luis Cano, Armando Solano y Alfonso Villegas Restrepo. Digo esto, porque nadie sabía cómo se fundó el Partido Comunista de entonces, es decir, de dónde partió la idea, y he oído muchas versiones contrarias a la realidad, de gentes que desean hacerse pasar por personas actantes. No. Aquella noche no estábamos presentes sino Sawinsky, Tejada y yo. De allí convocamos a una reunión, en la cual quedó constituido el nuevo partido. No está por demás decir que ni Luis Cano, ni Armando Solano, ni Alfonso Villegas Restrepo concurren nunca a ninguna de nuestras reuniones.



Maryi Tobón, Sin título, grabado, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

Pronto nuestro partido se encontró con muy serios problemas que nosotros no sabíamos cómo resolver. La cuestión orgánica y nuestra conexión con las masas eran cosas al rojo blanco sin la solución de las cuales podríamos subsistir. Ni Sawinsky ni nosotros sabíamos nada en cuanto a los procedimientos. Ignorábamos por completo cómo se hacía un partido comunista. Era aquella una época en que el resplandor de la revolución rusa iluminaba el universo, y todos los hombres libres del mundo querían ir por esa senda, lo que no significaba necesariamente que quienes así pensaran fuesen teóricos consumados. El conocimiento de Marx y de los métodos revolucionarios de los rusos no se habían generalizado. En la prensa todavía se leía que el general Soviet se había tomado al sur de Rusia una importante ciudad llamada Lenin. En estas circunstancias, nosotros resolvimos como mejor pudimos nuestros embarazantes problemas. Le dimos al Partido, por proposición de Moisés Prieto, una secreta organización tipo masónico, por grados, con sus signos, sus convenciones, sus palabras claves para los momentos de peligro. Y en cuanto a programa, yo traduje con Sawinsky el programa del PC ruso y echamos diez mil copias en mimeógrafo, que fueron a parar al río Magdalena, a los cuarteles, a las organizaciones obreras, etc. Su distribución fue tan completa, que todavía se acuerdan de haberlo recibido los obreros de muchos lugares del país. No abandonamos tampoco el trabajo en el Ejército, y fue por nuestra labor de hojas sueltas, al frente de la cual estaba Sawinsky, que el buen ruso, más terrorista que bolchevique y más niño que hombre terrible, fue expulsado del país.

Un día me llamó Tejada con mucho sigilo para decirme que habían inventado un grado superior, el último, al que solo tenían

acceso los elegidos, pues había ciertas cosas que no se podían tratar delante de algunos camaradas, en los cuales no se tenía la suficiente confianza. Me advirtió que mi iniciación allí se había fijado para una sesión especial, como en efecto ocurrió. Por entonces Tejada ya vivía en una casa de la calle 12, casi contra el paseo Bolívar. En un cuarto oscuro, iluminado apenas por una vela de sebo, se efectuó la ceremonia de mi ingreso al más alto grado. De pie, en torno de una mesa, se hallaban Tejada, Sawinsky, José Mar, Moisés Prieto y Diego Mejía. Sobre la mesa reposaban los símbolos de la purificación y la fe del comunista, consistentes en la Constitución rusa, el programa del Partido y, encima, una pistola, alegoría de la violencia revolucionaria y a la vez del castigo que esperaba al traidor. El juramento consistía en un largo interrogatorio escrito, que Sawinsky leyó aquella noche, con su particular acento ruso. Se hablaba en voz baja. Tejada se transfiguraba por completo, y a la escasa luz de la vela se le veía poseído de la más intensa emoción. A Sawinsky le temblaba levemente el labio inferior. La respiración de todos parecía contenida. El interrogatorio llegó a aquello de: “¿Jura usted no hacer diferencia de razas?”, y yo respondí: “Lo juro”; “¿Jura usted no hacer diferencia de nacionalidades?”, y yo respondí: “Lo juro”. Pero cuando se me dijo: “¿Jura usted no hacer diferencia de sexos?”, di inmediatamente el grito, separándome del grupo. “No, me es imposible jurar eso”, exclamé. La estupefacción se apoderó de todos. Tejada me miraba con angustia escrutadoramente. “¿Por qué no juras?”, me dijo con un tono de ruego. Yo les dije: “Lo de la supresión de la diferencia de sexos no lo juro, porque por pipiciego que uno esté siempre sabe quién es hombre y quién es mujer”. Todavía oigo las carcajadas de José Mar y

las recriminaciones de Tejada, que no concebía que se llevara ningún espíritu ligero a semejante ambiente de solemnidad y de misterio.

La conexión con los obreros es capítulo aparte. Este se tornó muy pronto en nuestro insoluble problema central. Habíamos conseguido a un obrero de la construcción, Manuel Avella, y a Lozada, un maquinista del ferrocarril. Pero necesitábamos las grandes masas. Una comisión compuesta por José Mar y Prieto, que enviamos a Girardot, meca entonces del socialismo, había fracasado. Entonces resolvimos todos salir a la conquista de las masas. Se nos había dicho que en el paseo Bolívar por las tardes se reunían muchos obreros, pues allí se hacía una venta de comestibles calientes y era el mejor sitio para encontrarlos en conjunto. Hacía allá nos dirigimos, pasando por el barrio de Las Aguas siempre en busca de obreros, que no hallamos por el camino. Arriba, evidentemente, se agitaba una muchedumbre desharrapada, en una especie de feria o de fiesta, en torno a las ollas humeantes. Al frente teníamos el espectáculo de la ciudad, con su rumor de órgano, y más allá, hasta el confín, el verde de la sabana. Nos acercamos a los trabajadores, pero no sabíamos cómo abordarlos, qué decirles, cómo entrar en conversación con ellos. Casi ni nos miraban. Estaban muy atareados en su comida, comprando aquí y allá centavos de cosas. Entonces, cuando ya íbamos a fracasar del todo, Tejada se acercó a nosotros diciéndonos: “Bueno, bueno, hagamos una colecta para esta gente”. Y vaciamos nuestros bolsillos, para que los obreros pudieran comer un poco mejor aquella tarde. Después, descendimos del paseo Bolívar, sin haber podido hablar ni una sola palabra con aquellos obreros sobre nuestros propósitos, pero felices de haberlos ayudado en algo. Solo

oímos que uno de ellos rezongó algo sobre los electoreros que van a buscarlos con obsequios cuando quieren sus votos. Juro que esta escena me ha ayudado extraordinariamente a comprender a Charlot.

Pacho de Heredia, el famoso líder socialista que murió quemado en el incendio de un hotel de Costa Rica, había convocado al Tercer Congreso Socialista de Colombia, que se reunió en un largo salón del tercer piso del edificio Liévano, en la plaza de Bolívar. De Heredia se peleaba con nosotros, pero eso no fue óbice para que nos enviara a todos credenciales de organizaciones obreras que ni siquiera conocíamos, para que asistiéramos como delegados al Congreso. Recuerdo que a mí me correspondió representar a los obreros de la Zona Bananera. Allí, en aquel congreso, nuestra actividad fue feroz contra el socialismo. Y, como era natural, nuestras baterías iban dirigidas contra el socialismo de Girardot, que gobernaba la ciudad desde el concejo y que, según nosotros, se había pervertido en el reparto de las preeminencias y del presupuesto. Nosotros hicimos declarar aquel congreso: Primer Congreso Comunista de Colombia. El Mono Dávila, que representaba al socialismo, fue nuestra víctima propiciatoria, y se defendía de todos muy airosamente. Solo una vez que el Loco Zambrano (un muchacho enviado por los obreros de Boyacá, que en el congreso se declaró comunista y marchó con nuestras tesis) le acusó de prestar plata al diez por ciento, el Mono perdió los estribos, y exclamó: “A quien me vuelva a decir esa impostura, o lo desafío, o lo condeno al desprecio de mis conciudadanos”. Y el Loco le replicó con toda calma: “Vea, camarada: yo prefiero lo segundo”. Allí mismo nos encontramos con Alejandro Vallejo, que desde entonces formó parte de nuestra agrupación. Una noche, Vallejo



Álvaro Ruiz Ruiz, Sin título, grabado, 1993, 1/2, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

hacia el ataque más violento al programa socialista de Heredia, que había sido promulgado en años anteriores en Honda. Vallejo duró cerca de una hora descuartizando el programa de Honda. Ese programa era una basura; ese programa no valía nada. De pronto Heredia le preguntó al orador: “¿Dígame una cosa: usted conoce el programa de Honda?”; a lo cual replicó el orador, impertérrito: “Yo no conozco el programa de Honda”. La carcajada fue general. Pero era que nosotros señalábamos con anterioridad quiénes debían intervenir en los debates no

por el conocimiento que tuvieran de la materia, sino por el grado de capacidad para hablar.

En aquel Congreso conocimos a Raúl Eduardo Mahecha, a quien llevamos a nuestra organización una noche para conocerlo y saber de quién se trataba. Confieso que nos causó pésima impresión. Mahecha se vanagloriaba de sacarles dinero a los yanquis de Barrancabermeja, de amenazarlos con huelgas si no le suministraban la plata y de otras lindezas por el estilo. Lo decía con tal na-

turalidad como si estuviera convencido de que esa era la esencia, el alfa y el omega del movimiento revolucionario. Mostraba esos actos suyos como grandes triunfos de sagacidad revolucionaria. Al propio congreso había venido con sueldo de la empresa petrolera y con aire de victoria nos mostraba los telegramas en que le anunciaban los giros. A mí me pareció, perdóneseme que lo diga, un criminal nato, inconsciente. Y ese era el presidente del Congreso obrero. Pedí que lo derrocáramos, pero la oportunidad de hacerlo parece que no se presentó.

Después hicimos Tejada y yo un viaje al Quindío, siempre con la idea fija de buscar obreros auténticos. En un hotelito de Cajamarca redacté el primer manifiesto que yo hacía destinado a los obreros del Quindío, que publicamos en Calarcá, mi ciudad natal. Tejada se mostró sorprendido de mi estilo revolucionario y alabó con mucho entusiasmo mi manifiesto. En Calarcá salieron algunos obreros a recibirme. Tejada estaba optimista. “¿Ves?”, me decía; “los obreros son muy inteligentes y acabarán por responder a nuestros llamados. Vamos a hacer un gran partido”. Pero en Pereira, fin de nuestro viaje, ya no vino nadie a vernos. Allí iniciamos a Fortunato Gaviria, hermano de la mujer de Tejada. La iniciación que se hizo con la solemnidad de la mía, de que ya he hablado, no surtió su efecto de misterio y de sigiloso secreto. La casa tenía una acústica endemoniada; todo el mundo, en la planta baja, de almacenes y tiendas, se dio cuenta de todo cuanto dijimos e hicimos. Y al día siguiente todo Pereira sabía que habíamos ido a la ciudad.

Tejada era un comunista convencido. Indudablemente, nuestro movimiento, en el fondo, era un movimiento liberal, como lo fue en gran parte, años después, el movi-

miento socialista revolucionario. El Partido Liberal, con la pesada herencia del fracaso de la guerra civil, iba de mal en peor. Nadie creía ya en que pudiera levantarse de la postración en que se encontraba. Y en estas condiciones, se buscaban sustitutos, otras formulaciones y otros medios que se suponían más eficaces para el derrocamiento del conservatismo. Mucho de eso había en nuestro movimiento. Pero no en Tejada. Tejada era comunista, con la visión de una sociedad mejor y más equitativa para la humanidad. De ahí que yo no juzgue a Tejada como obligadamente lo juzga la gente: como un cronista; como el mejor cronista que ha producido Colombia; el mejor, en una abarcadura más ancha, del habla española, que aún no ha sido superado ni igualado aquí ni fuera del país. Porque Tejada era más que eso. Tejada era un apóstol, un líder incomparable del proletariado. Murió en el momento en que se estructuraba ideológicamente en el marxismo, cuando ante sus ojos de visionario la escritura del viejo alemán le abría las puertas de un mundo amable para todos, en el cual había soñado siempre. Amó a la humanidad con un amor entrañable. Amó a los humildes, y supo con toda claridad que ellos serán poseedores de un paraíso aquí en la tierra. Por hacer más próximo ese paraíso, luchó hasta su último aliento.

Luis Vidales (Calarcá, Quindío, 1904 - Bogotá, Cundinamarca, 1990). Poeta y ensayista, autor del que se considera el mejor poemario vanguardista en Colombia, *Suenan timbres* (1926). La crónica fue tomada de *La casa del impúdico brebaje. Cafés bogotanos del siglo xx*, selección y prólogo de Mario Jursich, Libro al Viento, Idartes, 2023, pp. 86-117.

La vida plácida de Luis Tejada

Lino Gil Jaramillo

*... porque es verdad que la alegría de la muerte
debe afrontarse en la florida adolescencia...*

Luis Tejada

1

Luis Tejada, ese muchacho absurdamente ingenuo de rostro pálido, cabellos anarquizados, pipa consubstancial con su persona –esta es la expresión– y otras cosas raras además, fue uno de esos especímenes humanos, poco frecuentes por cierto, que los países del trópico suelen dar como una superación de su ambiente.

42

La memoria de Luis Tejada, su vida mansa de predicador sin cortejo, su resignación ante la tragedia cotidiana y su misma muerte, apacible y serena como la de un cansado filósofo, todo esto sugiere al punto una recordación en tono opaco de treno, una página elegíaca y sollozante como las que se estilan para deplorar las pérdidas irreparables. Nosotros quizás la haríamos. Pero no. No es posible porque Luis –Luis mismo– adelantó en alguna ocasión que “la alegría de la muerte debe afrontarse en la florida adolescencia”.

Esa frase inesperada que cayó tibiamente, sin solemnidades rituales, de la pluma de Tejada, es, sin embargo, un eco fiel de su individualidad inconfundible. Así debió de ser Luis. Así queremos imaginárnoslo: un hombre manso, profundamente despreocupado, huérfano de prejuicios, horro de odios; un hombre que recibe como muy naturales todos los sucesos de la vida corrien-

te y que envuelve verdades trascendentales en sonrisas de niño. Sólo un hombre así podría dejar caer de su pluma, más que como una “gota de tinta”, como un fruto maduro, esa sentencia de sabor griego, digna de haber sido consignada en la antigüedad sobre un bloque de mármol en la tumba de un personaje de Meleagro.

2

Luis Tejada, comprimido de filósofo, gloriador fugaz de sucesos, buzo de extraños tesoros, amaba perseguir en los hechos cotidianos aquello que los demás desechaban, precisamente por inaprehensible. Tal un naturalista que se apasionase únicamente por los matices que se combinan en las alas de las mariposas. Era un entomólogo de los sucesos. De estos sacaba siempre las más extrañas conclusiones. Y como no cargaba empeño en que su pensamiento llegase a todos, lo fundía en la greda de la paradoja que es una verdad sin pulir. De tal manera despistaba a sus lectores habituales que por momentos producía la impresión de que jugase siempre al escondite con el sentido común. Recordemos, si no, su teoría sobre los retratos o aquella otra sobre la vida de los taburetes hace treinta mil años o la que afirma que la higiene es una tiranía insoportable.

3

Su piedad infinita hacia los hombres lo llevó a concebir una sociedad más humana y

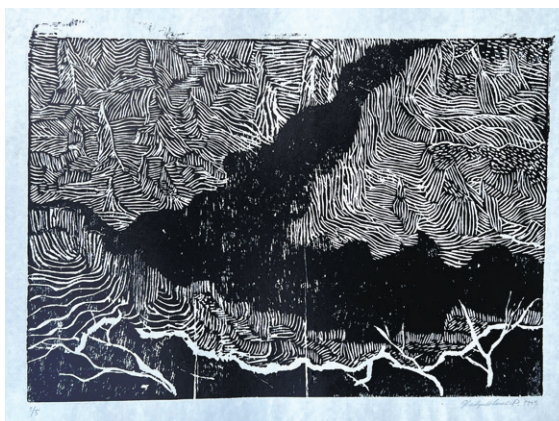
más justa que la de su tiempo De allí nació su socialismo. Pero el socialismo en él no era un afán pasajero sino un estado de alma, algo profundo y entrañable, y por eso dice Germán Arciniegas que si esa doctrina de hondo calor universal no hubiese existido en los tiempos de Tejada, él la habría fundado para tener el gusto de predicarla, amarla y practicarla aunque fuese solo.

4

Y por encima de su filosofía y de su socialismo, estaba su pereza (“¡Oh, la pereza es de raso o gamuza!”). La pereza, madre de los pensamientos bellos y de las acciones calculadas. La pereza lenta como el paso lento de un viejo lobo marino entorpecido por el opio y por el balanceo de los barcos. La pereza fecunda, amiga de los sillones de terciopelo y del sueño trascendental de los gatos. La que ha producido la estirpe de los contemplativos, de los hombres de pensar seguro y profundo, y los que han arrancado chispazos a la divinidad. Perezosos debieron de ser Plotino y Ruysbroeck, Amiel y Marco Aurelio y todos los hombres que no han sido mordidos por el afán de hacer obras fugaces. Mallarmé que descubrió nuevas zonas de la sensibilidad poética. Luis Tejada sabía todo esto y por eso cultivaba su pereza como un huerto de adormideras.

5 y último

Y muy por encima de su filosofía y de su socialismo y de su pereza, su pipa humeante. Su pipa que era una amada siempre fiel porque lo acompañaba en todos los instantes de su existencia febril y le sugería profundas deducciones. La pipa que era una prolongación de su personalidad, su propia



Anónimo, Sin título, grabado, sin fecha, 1/5, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

personalidad que ardía en holocausto a los ideales humanos como una resina milagrosa. La pipa loada por Baudelaire. La pipa cuyas espirales ingravidas formaban en el aire armazones de paradojas que Tejada cubría más tarde con la materia prima de su verdad para convertirlas en teorías tan absurdas pero tan bellas como esa de que los pinos son un esfuerzo de la naturaleza por imitar las catedrales góticas de los hombres, o esa otra de que para pensar bien los pies deben estar más altos que la cabeza, precisamente en la posición que adoptan cuando el cuerpo se hunde en una abullonada butaca, o aquella de que la locomotora es más perfecta que cualquier paquidermo –el hipopótamo o el elefante, digamos–. Esa pipa, en fin, que le dictó al oído: “... la alegría de la muerte debe afrontarse en la florida adolescencia”...

Lino Gil Jaramillo (1908-1976) fue un escritor pereirano, columnista habitual de periódicos como *El Espectador*, *La Patria* y *La Prensa* de Barranquilla. Reconocido estudioso de la obra de Barba Jacob, De Greiff, Luis Vidales y Neruda, publicó unos quince libros de ensayos y reseñas. Este texto lo extraemos de *Escrito en la arena* publicado por la Tipografía España en 1948 (pp. 30-33).

Seis crónicas de Luis Tejada

La belleza en la escuela

Visitando estos días una escuelita de los alrededores, pensé involuntariamente en mi pueblo y en la escuela que me tocó frecuentar cuando niño. La tal escuela, que yo quiero mucho, así vetusta y lamentable como era en esa época, había sido cuartel en tiempos de guerra. Las paredes altas y cruzadas por las ralladuras de las bayonetas, los salones tenebrosos y resonantes, los bancos carcomidos y cojos, las ventanas sucias y desairadas, y hasta el viejo maestro, con su gorro de borla, sus alpargatas y la férula vengadora e inseparable, nos ponían un amargor en el corazón, una angustia en los ojos, una gana de largarnos al campo a robar guayabas y naranjas y no volver a esa detestable casa, que aborrecíamos con todos nuestros corazones de diez años.

Por fortuna, hoy todo ha cambiado un poco y los maestros se preocupan ya algo de la elegancia y pulcritud de las cuatro paredes, donde van a enseñar toda esa faranda de muñecos de azogue, que les envían diariamente. La educación moderna lo impone. Don Pablo Vila pidió en 1915, para su Gimnasio, una decoración sencilla y elegante, porque estos son elementos indispensables para inspirar pulcritud, orden y buen gusto a los niños.

Es indudable la influencia de las habitaciones en las personas. Cada uno es como su cuarto. Rastreando en las vidas de muchos, se podría encontrar la razón de su infortunio o su felicidad, recordando dónde vivió

cuando pequeño. Yo creo que mucha de la melancolía de Novalis se debió a su palacio solariego y penumbroso. En una escuela donde entran el sol y el aire, las paredes están limpias y adornadas y haya muchas flores en el jardín, se puede garantizar que los alumnos estén contentos y sanos. Con flores, con sol, con la elegancia de la casa, de las mesas, buenos cuadros, etc., empieza a entrar el sentimiento de la belleza en el niño, sin darse cuenta.

“Dar a sentir lo hermoso, es una obra de misericordia”, dijo un pensador americano. Como todo lo que rodee a los niños sea armonioso y de buen gusto, así se volverán sus almitas y sus caracteres. Se irá despertando en ellos el sentido de lo bello, y entonces el maestro tendrá terreno abonado para sembrar la bondad. “Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno”, dijo José Enrique Rodó, en el libro más bello que han visto mis ojos.

Publicada en *El Espectador*,
Bogotá, 8 de septiembre de 1917.

El humorismo

Un joven dibujante, humorista, ha abierto al público una exposición de sus obras. Sorprende ver la ironía sana, riente, con que el artista sabe tratar los asuntos. Sorprende y desconcierta, porque no es la ironía salu-



Jhon Jair Muriel, Sin título, serigrafía, sin fecha, 9/11, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

dable, franca, buena, la que estamos acostumbrados a gustar en los dibujantes y en los escritores de nuestra tierra. Siempre, en el fondo, nuestros humoristas son hombres combativos, demolidores o gemebundos poetas que aman la muerte y el dolor; todos tienen esa manera latina de ver agria, amargamente la vida. Tal vez será cuestión de raza, fruto de unos oscuros atavismos que han dejado en las almas un sedimento de tristeza y de agresividad; tal vez esa mezcla de sangre ibera, mística y rebelde, y de sangre india, melancólica y taimada, sometida y rencorosa, que llevamos en las venas y que nos hace ser cejijuntos, violentos, ofensivos.

Se dice que sólo saben reír alegremente aquellos pueblos anglosajones, fuertes, dominadores, bien alimentados, que aman la vida armoniosa y libre, la gimnasia y el sport, que

son optimistas, rubicundos y casi ingenuos, como los buenos gigantes de los cuentos. En cambio, nuestra raza decadente que ha soportado el peso de muchas esclavitudes, raquítica, perezosa, enferma de melancolía y de misantropismo, no comprenderá la amable virtud de sonreír bonachonamente ante el aspecto grotesco de las cosas, sin ofender, sin vapulear o sin demoler, hasta que una educación profunda, aireada, robusta, moderna, modifique pacientemente ese cúmulo de aflicciones sombrías, de aberraciones oscuras, ese apegamiento a vivir con las ventanas cerradas, ese odio al sol y a la luz, a los ejercicios rudos y saludables, ese gusto por las diversiones que hacen reír dolorosamente, como las piruetas lamentables de los payasos o los cascabeleos de las bailarinas, trágicas y enflaquecidas, que agonizan sonriendo sobre los tablados nocturnos.

Por eso me ha sorprendido que el excelente artista que expone ahora sus obras en el Salón Samper, se haya independizado un poco de esa torturante tradición humorística de dibujantes y escritores nuestros, de ese prurito cruel de satirizar biliosamente, de esa preferencia malsana por las ironías mordaces que dejan en el alma un amargor de hiel.

Publicada en *El Espectador*,
"Día a día", Bogotá, 23 de julio de 1918.

Habla la vaca

Veníamos hojeando esta mañana un viejo libro de Azorín y pensábamos: ¡cómo se parece este pueblo a Yecla! Aquí también todos son abogados, "todos van y vienen con cartapacios de papel oficinesco, todos entran y salen en el juzgado", todo el mundo habla de leyes, de códigos, de defensas y de alegatos, todos... De pronto una respetable vaca, pintada, barriguda y de grandes ojos tristes, se interpuso en nuestro camino y nos dijo:

—Señores periodistas...

—Ajá, ¿a qué le debemos el honor?

—Señores periodistas. Tengan la bondad de sentarse en este banco y de oírme un momento.

Nos sentamos. Ella lo hizo también. Cruzó, con cierta beatitud monjil, las patas delanteras sobre la embombada panza, suave, amable y tibia, y en cuyo centro preciso los pelos blancos y largos formaban un terso remolino. Apuntó hacia nosotros los dos agujeros húmedos de sus narices, sacó la lengua áspera, flexible, la paseó por el hocico lustroso, una, dos, tres veces, y luego prosiguió:

—Vengo en nombre del hermano buey; vengo en nombre del hermano pavo; vengo en nombre de la hermana gallina...

—Bueno, ¿y en qué podemos servirles?

—Es el caso que ayer encontramos un papel en una manga, cosa muy natural. En el tal papel se dice de un señor diputado que quiere proteger a los animales domésticos. Y el buey y el pavo y la gallina y el gato hosco y también el buen perro casero resolvieron enviarme a ustedes para pedirles que apoyen, refuercen o exijan la aprobación de ese proyecto tan humanitario. Eso es muy civilizado, como dicen. En otros países la protección de los animales sí es un hecho evidente y práctico. Una estimabilísima y muy ilustrada vaca Durham que trajeron el otro día de Inglaterra a una casa rica de aquí, nos contaba cómo una vez en Londres el Presidente de la Sociedad Protectora de Animales mató a su cochero a puñetazos porque estaba azotando levemente a los caballos con la fusta. ¡Eso sí es amor a los animales!

Nuestra interlocutora se detuvo un instante. Otra vez vimos el reverso estriado, amarillo, cartilaginoso de su lengua que se hundía en el hueco humeante de la nariz. Luego continuó así: —En este pueblo sólo se ha intentado proteger al caballo, ese ser afortunado y feliz. Hay quien defiende a los caballos de carrera, hay quien defiende a los caballos de coche, hay quien defiende a los caballos de carro. Pero nadie, señores míos, ha pensado un poco en todos esos humildes y oscuros animales que sufren, sin rebelarse jamás, el peso de una vida áspera y cruel; el pobre buey melancólico, tierno y apacible, que va con el arado todo el día bajo el sol agrio; el novillo bello, generoso, rozagante, que arrancan a sus verdes praderas para empujarlo hacia aquí durante largas sema-

nas de peregrinación penitente, sin agua, sin yerba, sin descanso, para llegar escuálido y demacrado como un convaleciente del hospital; en las dulces y alegres gallinas de la huerta que morenas mujeres traen desde lejos ensartadas patas arriba en agresivo bastón pastoril. No hablo de mí, humilde vaca de leche, vapuleada y exprimida todo día, porque a una no le quedaría bien alabarse.

Y la buena vaca sonrió, iniciando un mohín repelente, y poniendo los grandes ojos en blanco; después, siguió en tono más solemne:

—Yo sé, señores periodistas, que la justicia abstracta y pura no se adaptará jamás a las costumbres humanas, ni informará siquiera el espíritu de la ley. Hay algo que se llama necesidad, y ese algo, aunque sea grandemente inmoral o injusto, privará en costumbres y leyes. Hay quien se indigna, protesta y exige el castigo de la ley para el que azota un caballo en la calle, ¿pero alguien se indigna, alguien protesta, alguien se conduce siquiera porque en el matadero matan cien novillos, porque en el hotel sacrifican diez gallinas, cinco pavos o un par de palomas? Y, sin embargo, una paloma no es más ni menos animal que un caballo. La misma alma ingrátida, incipiente y temblorosa que se quiere respetar en el caballo, alienta en el buey cándido, en la loca gallina cacaraqueante, en la palomilla toda llena de dulcedumbre. ¿Comprenden ustedes esa inaudita paradoja humana, esa fragmentación del instinto compasivo del hombre, que es caritativo con el caballo y es implacable con el buey? ¿Hay alguna diferenciación sustancial entre esos dos seres hermanos? Yo sé que sería absurdo, ingenuo, predicar este evangelio entre los hombres, sordos a lo que atenta contra sus necesidades fundamentales. Además, a una modesta madre de fami-

lia, como yo, ya toda descornada y vieja, no le estaría bien meterse en empresas redentoras. Pero espero que el porvenir será claro y comprensivo. ¿Ustedes no han leído a Yvonne Sarcey? ¿No? Pues en un amable libro de Yvonne Sarcey ¡buena mujer!, he visto estas cosas: “En el siglo XVIII se proclamaron los derechos del hombre; en el siglo XIX se proclamaron los derechos de la mujer; en el siglo XX se proclamarán los derechos de los animales”.

Las ideas habían iluminado el cerrado testuz de nuestra vaca. Se levantó. Púsose de nuevo, como siempre, sobre las cuatro patas y se fue con ese aire satisfecho, indiferente, tonto, filosófico, feliz, inimitable que tienen las vacas ciudadanas cuando van por la calle.

Publicada en *El Espectador*, “Mesa de redacción”, Medellín, 27 de mayo de 1920.

Una nueva literatura

Hay una posible modalidad literaria que no ha sido explotada todavía en una forma sistemática, y que, sin embargo, llegaría a hacer la fortuna de algunos poetas de imaginación. Es lo que podríamos llamar, la literatura de las cartas de los restaurantes. No hay nada tan lleno de sugerencias poemáticas como una lista de comidas. ¿No está ahí, reducida en fórmulas sintéticas, expresada en palabras extrañas, coloridas y evocadoras, toda la naturaleza innumerable?

Ese hombre sensitivo que se coloca en el rincón oscuro del Café y lee en la carta, esto, por ejemplo: “Arroz con camarones, \$0.30”, tiene que experimentar una vasta emoción estética; esa sola frase es, en el fondo, bella y terrible como un viaje de aventuras; esa

sola frase, impregnada de un exótico color marino, hace soñar en puertos remotos y luminosos, donde hay graves pescadores que miran el horizonte y pequeños barcos de alegre bandera. Y así, cada enunciación concisa, evoca ciclos, o mares o tierras féculas, trayendo hasta el rincón oscuro una ideal proyección cinematográfica del universo externo, vivo y radiante.

Pero yo creo que a esas sencillas listas de comidas que nos enseñan todos los días, se les podría sacar todavía mayor partido estético y literario, se podría hacer de ellas algo aún más bello, completo y sugestivo; creo que sería posible concretar en una forma más expresiva y pura, más insinuante y nítida, ese mundo ingrátido de imágenes maravillosas, de vidas cálidas y agitadas, de tragedias lejanas, de paisajes llenos de vigoroso color, que hay allí detrás de esos renglones que dicen simplemente: “Pollo en salsa con *petit pois*, \$0.40”, “Macarelas, \$0.50”, “Ensalada de rábanos, \$0.15” etc., etc.

Quizá los empresarios de restaurantes no han pensado jamás en que, encomendando a un poeta genial la redacción del menú cotidiano, podrían, al mismo tiempo, hacer más productivo su negocio y cooperar a la formación de una nueva modalidad literaria. ¿Cómo hubiera redactado esas cartas, por ejemplo, Tristán Bernard, o, dentro de otro aspecto, Huysmans, que tenía un estilo exaltante y succulento para describir ciertas cosas, como cuando a fuerza de realidad, hacía sublime la visión de una pata de ternera?

Ya tendríamos seguramente, dentro de la cartografía alimenticia, algunas pequeñas obras maestras.

Publicada en *El Espectador*, “Gotas de tinta”, Bogotá, 15 de febrero de 1924.

El sentido común

Magnus Johnson, un nuevo Senador americano elegido por los agricultores de Minnesota, le dijo a un periodista: “Yo no soy un hombre de extensa cultura, ni mucho menos, como mis colegas del Senado, pero tengo lo que a ellos y en general a todos los congresistas les hace falta: el sentido común”.

Es probable que Magnus Johnson no posea una noción bien clara de lo que puede ser el sentido común, porque de lo contrario no se hubiera atrevido a pronunciar esas palabras en un país como los Estados Unidos, donde las más genuinas demostraciones del sentido común están amenazadas por la silla eléctrica.

Quizá el Senador Johnson crea, como se cree habitualmente, que el sentido común no es sino una especie de sometimiento a la opinión de la mayoría de los hombres, una especie de acuerdo con los prejuicios tradicionales del pueblo; se dice que un individuo tiene sentido común cuando piensa u obra como la muchedumbre inmensa y tranquila que hace el término medio mental y moral de la humanidad; pero realmente no es así: el verdadero sentido común ha llegado a ser del dominio sólo de una pequeña minoría, seleccionada no por la cultura ni por la inteligencia, sino simplemente por la visión pura que posee de las cosas, por el ejercicio de ese don de razón natural, inicial en el hombre, pero que no se conserva intacto al través de la vida sino en muy pocos, porque en general es oscurecido por numerosas influencias externas; don de visión simple, de visión virgen y segura que permite distinguir en sus fuentes esenciales lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto.

Desde este punto de vista, la razón natural, el sentido común, asume en el mundo



Álvaro Ruiz Ruiz, Sin título, linóleo, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

actual una capacidad revolucionaria incalculable; podría decirse que es la única verdadera fuerza revolucionaria; porque si a quien tenga siquiera relativamente despejada su razón natural se le pregunta, por ejemplo: ¿Usted cree que los hombres se deben matar unos a otros? Responderá inmediatamente: no, y esta sencilla palabra vendrá a desquiciar la justificación artificial de todas las guerras y a reevaluar indirectamente la absurda razón de ser de todos los patriotismos. O si se le pregunta: ¿Usted cree que la tierra debe pertenecer a todos los hombres que la trabajan, o a los que no la trabajan pero tienen sobre ella títulos teóricos de propiedad? Contestará indudablemente que debe pertenecer a todos los hombres, destruyendo así con una sola frase los prejuicios acumulados acerca de la propiedad y del trabajo. O si se le pregunta, entre mil cosas semejantes, esta, digamos: ¿Usted cree que los hijos naturales deben tener iguales derechos y garantías que los hijos legítimos?, el hombre de la razón na-

tural despejada contestará que sí, yendo abiertamente en contra de todas las injusticias tradicionales estratificadas en el Derecho y en la legislación actual de los pueblos.

La civilización contemporánea se caracteriza por la ausencia de sentido común en sus bases y en sus métodos; la noción primordial y natural de la Justicia y del Bien, ha sido oscurecida por la ambición, atrofiada por el prejuicio, desvirtuada muchas veces por el exceso de inteligencia y de cultura. Pero ya se anuncia en todas partes el retorno a la visión pura y exacta de la vida: esa agitación creciente que adelanta contra un orden de cosas monstruosamente equivocado y que concluirá con él, indica la presencia del sentido común entre los hombres, la súbita lucidez mental que se está acentuando en el mundo. La revolución no es sino la generalización del sentido común.

Publicada en *El Espectador*, "Gotas de tinta", Bogotá, 3 de septiembre de 1923.

PROGRAMACIÓN

JULIO / 2024

Conversatorios y cátedras

Miércoles 24

4:00 p. m. La fotografía en la obra de Andrés Sierra y
Germán Londoño

Hablemos de

Lugar: MUUA-301

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Visitas guiadas

Recorridos guiados con el Programa Guía Cultural por
la Universidad de Antioquia

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3rJW4H5>

Recorridos guiados por el Museo Universitario
Universidad de Antioquia

Tipos de mediación que encuentras en el MUUA:

Antropología, Ciencias Naturales, Arte, Historia,

Mediación general

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3ywRcZA>

Exposiciones

Colección de Antropología “Graciliano Arcila Vélez”

Sala de larga duración de la colección de Antropología

Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia (MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3W0A7Bt>

**Colección de Ciencias Naturales “Francisco Antonio
Uribe Mejía”**

Sala de larga duración de la colección de Ciencias Naturales

MUUA

Exposición temporal 1925 - 2021

Carteles de Cine

COLOMBIANO

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

abril a julio
1819
2024

Sala de Exposiciones
Edificio San Ignacio
Campus Medellín

Créditos de la imagen: "The big charade", A los hermanos tranquilos production, 1996



Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia (MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3SEMtfd>

Talleres

Martes 2

3:00 p. m. Club de lectura y Origami

Lugar: Biblioteca Campus Puerto Berrio

Invita: *Regionalización*

Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35718>

Martes 9

3:00 p. m. Club de lectura y Origami

Lugar: Biblioteca Campus Puerto Berrio

Invita: *Regionalización*

Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35729>

Sábado 13

10:20 a. m. ¿A qué sabe la luna?

Cuentos de colección

Lugar: MUUA, bloque 15. Hall de Ingreso

Actividad gratuita (sin inscripción previa)

Cupos limitados (máximo 12 personas)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

11:30 a. m. Obra: Azul ya báñate

Títeres en Escena

Lugar: MUUA, auditorio 15-301

Actividad gratuita (sin inscripción previa)

Cupos limitados (máximo 90 personas)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Martes 16

3:00 p. m. Club de lectura y Origami

Lugar: Biblioteca Campus Puerto Berrio

Invita: *Regionalización*

Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35733>

Martes 23

3:00 p. m. Club de lectura y Origami

Lugar: Biblioteca Campus Puerto Berrio

Invita: Regionalización

Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35735>

Sábado 27

10:20 a. m. Taller: Lotería Ósea: Explorando el Esqueleto Humano

Tallernautas. Ciclo, Antropología

Lugar: MUUA, bloque 15

Hall de Ingreso

Actividad con costo (\$ 6.500)

Cupos limitados (máximo 20 personas)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

11:30 a. m. Actividad: Cuerpo, ritmo y percusión

MUUAcción

Lugar: MUUA, bloque 15. Hall de Ingreso

Actividad gratuita (sin inscripción previa)

Cupos limitados (máximo 20 personas)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Martes 30

3:00 p. m. Club de lectura y Origami

Lugar: Biblioteca Campus Puerto Berrio

Invita: Regionalización

Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35737>

Cine

Miércoles 3

4:00 p. m. Cine Colombiano

Club de cine

Lugar: Aula 102, Campus Puerto Berrio

Invita: Regionalización

Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35752>

Martes 9

6:00 p. m. "The birds", Alfred Hitchcock, Estados Unidos, 1963, 120'

[En idioma original]

Tardes de cine en el Paraninfo

Ciclo: "Grandes directores"

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Escuela de Idiomas / Administración Edificio San

Ignacio

Miércoles 10

4:00 p. m. "El niño con el pijama de rayas", Mark Herman, Estados Unidos, 2008, 94'

Tardes de cine en el Paraninfo

Ciclo: "Testimonios silenciados: Cine sobre las víctimas de la Segunda Guerra Mundial"

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Administración Edificio San Ignacio

4:00 p. m. Cine Colombiano

Club de cine

Lugar: Aula 102, Campus Puerto Berrio

Invita: Regionalización

Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35818>

Jueves 11

3:00 p. m. "El manantial de la doncella", Ingmar Bergman, Suecia 88'

KXVRX Cineclub

Ciclo: "Ingmar Bergman a través de tres décadas"

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: KXVRX colectivo

6:00 p. m. "Rear window", Alfred Hitchcock, Estados Unidos, 1954, 112' [En idioma original]

Tardes de cine en el Paraninfo

Ciclo: "Grandes directores"

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organizan: Escuela de Idiomas / Administración Edificio San Ignacio

6:00 p. m. "Antígona", Danièle Huillet, Jean-Marie Straub, Alemania, 1992, 100'

Cine-Foro 'En Construcción'

Ciclo: "Devaneos crepusculares"

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Organiza: Instituto de Filosofía

Viernes 12

4:00 p. m. "La llave de Sarah", Gilles Paquet-Brenner, Francia, 2010, 121'

Tardes de cine en el Paraninfo

Ciclo: "Testimonios silenciados: Cine sobre las víctimas de la Segunda Guerra Mundial"

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Administración Edificio San Ignacio

4:00 p. m. "Videografía de Kendrick Lamar" Múltiples directores, 60'

SOUNDIECLUB

Ciclo: "Videografía de Kendrick Lamar"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Comunicaciones y Filología,
Comunicación Audiovisual y Multimedial

Viernes 19

4:00 p. m. "Malditos bastardos", Quentin Tarantino, Estados Unidos, 2009, 153'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Testimonios silenciados: Cine sobre las víctimas de la Segunda Guerra Mundial"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Martes 16

6:00 p. m. "Marnie", Alfred Hitchcock, Estados Unidos, 1964, 130' [En idioma original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Grandes directores"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organizan: Escuela de Idiomas / Administración Edificio San Ignacio

4:00 p. m. "Los frutos prohibidos del paraíso", Vera Chytilová, Checoslovaquia, 1970, 99'
'Alucine' Cine-Club
Ciclo: "Cine, sé sueño"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Derecho y Ciencias Políticas

Miércoles 17

4:00 p. m. "El último tren a Auschwitz", Dana Vávrová, Joseph Vilsmaier, Alemania, 2006, 125'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Testimonios silenciados: Cine sobre las víctimas de la Segunda Guerra Mundial"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Martes 23

6:00 p. m. "The Lady Vanishes", Alfred Hitchcock, Reino Unido 1938, 97' [En idioma original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Grandes directores"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organizan: Escuela de Idiomas / Administración Edificio San Ignacio

4:00 p. m. Cine Colombiano

Club de cine
Lugar: Aula 102, Campus Puerto Berrío
Invita: Regionalización
Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35764>

Miércoles 24

4:00 p. m. "El lector", Stephen Daldry, Estados Unidos, 2008, 121'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Testimonios silenciados: Cine sobre las víctimas de la Segunda Guerra Mundial"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Jueves 18

3:00 p. m. "Secretos de un matrimonio", Ingmar Bergman, Suecia 168'
KXVRX Cineclub
Ciclo: "Ingmar Bergman a través de tres décadas"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: KXVRX colectivo

4:00 p. m. Cine Colombiano

Club de cine
Lugar: Aula 102, Campus Puerto Berrío
Invita: Regionalización
Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35768>

6:00 p. m. "North by northwest", Alfred Hitchcock, Estados Unidos, 1959, 136' [En idioma original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Grandes directores"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organizan: Escuela de Idiomas / Administración Edificio San Ignacio

Jueves 25

3:00 p. m. "Fanny y Alexander", Ingmar Bergman, Suecia 180'
KXVRX Cineclub
Ciclo: "Ingmar Bergman a través de tres décadas"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: KXVRX colectivo

6:00 p. m. "Muerte en Venecia", Luchino Visconti, Italia, 1971, 127'
Cine-Foro 'En Construcción'
Ciclo: "Devaneos crepusculares"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía

6:00 p. m. "Strangers on a train", Alfred Hitchcock, Estados Unidos, 1951, 101' [En idioma original]

Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Grandes directores"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organizan: Administración Edificio San Ignacio

6:00 p. m. "El año pasado en Marienbad", Alain Resnais, Francia, 1961, 91'
Cine-Foro 'En Construcción'
Ciclo: "Devaneos crepusculares"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía

Viernes 26

4:00 p. m. "Mi mejor amiga Ana Frank", Ben Sombogaart, Países Bajos, 2021, 103'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Testimonios silenciados: Cine sobre las víctimas de la Segunda Guerra Mundial"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio

4:00 p. m. "Maeve", Pat Murphy, Irlanda, 1981, 110' 'Alucine' Cine-Club
Ciclo: "Instantes de Luz, Lazos de Sombra: Female Gaze"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Derecho y Ciencias Políticas

Martes 30

6:00 p. m. "I Confess", Alfred Hitchcock, Estados Unidos, 1953, 95' [En idioma original]
Tardes de cine en el Paraninfo.
Ciclo: "Grandes directores"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organizan: Escuela de Idiomas / Administración Edificio San Ignacio

Miércoles 31

4:00 p. m. "Ilusiones de un mentiroso", Peter Kassovitz, Estados Unidos, 1999, 120'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Testimonios silenciados: Cine sobre las víctimas de la Segunda Guerra Mundial"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio

4:00 p. m. Cine Colombiano
Club de cine
Lugar: Aula 102, Campus Puerto Berrío
Invita: Regionalización
Más información: <https://share.udea.edu.co/?q=po:c35769>

Música

Sábado 13

11:00 a. m. Banda Juvenil
Tocando en la U
Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Miércoles 31

6:00 p. m. Lezlye Berrío
Temporada de piano
Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Teatro

Viernes 26

6 p. m. Oh mi Mercedes
Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Otras alternativas

Martes 16

4:00 p. m. Festival Internacional de Poesía
Eventos especiales
Lugar: Biblioteca
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Miércoles 17

4:00 p. m. Festival Internacional de Poesía
Eventos especiales
Lugar: Plazoleta Barrientos
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Viernes 19

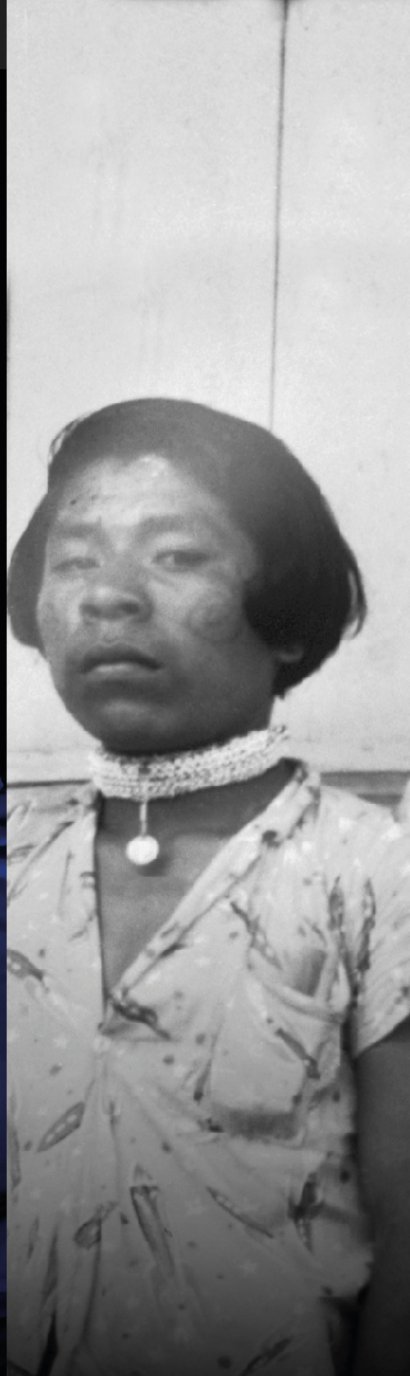
Eventos especiales
Lugar: Sala de Artes Performativas Teresita Gómez
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Jueves 25

6 p. m. Ballet Folclórico Metropolitano
Danza
Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo
Invita: División de Cultura y Patrimonio



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA



Exposiciones temporales

2^{do} CICLO MUUA

2024

Hasta
21
2024

MUUA
Ciudad Universitaria
Campus Medellín



BESTIA: Bípido implume. Una exposición de Germán Londoño y Andrés Sierra / **Balance Natural.** Nuevas Adquisiciones de la Colección de Arte del MUUA (2016-2024) / **Revelaciones.** Una mirada a la fotografía antropológica entre 1945 y 1992 Archivo Graciliano Arcila Vélez / **Desinformación, fe y tradición.** Una exposición de Justo Almendros

- 1** Editorial
Luis Tejada, el cronista
Luis Germán Sierra J.
- 3** Luis Tejada: la crónica como crítica literaria
Pablo Montoya
- 11** Luis Tejada, una voz que ha perdurado más de cien años
Melissa Téllez H.
- 14** Luis Tejada, el agitador bolchevique
Mauricio Hoyos
- 17** Una poética jovial: aproximación oblicua a la obra de Luis Tejada
Santiago Gallego
- 24** Las muchachas de Luis Tejada
Maryluz Vallejo
- 28** Una nueva gramática
John Galán Casanova
- 31** Cómo nos hicimos comunistas
Luis Vidales
- 42** La vida plácida de Luis Tejada
Lino Gil Jaramillo
- 44** Seis crónicas
Luis Tejada
- 50** Programación cultural



P/A